

PUNTO ROJO

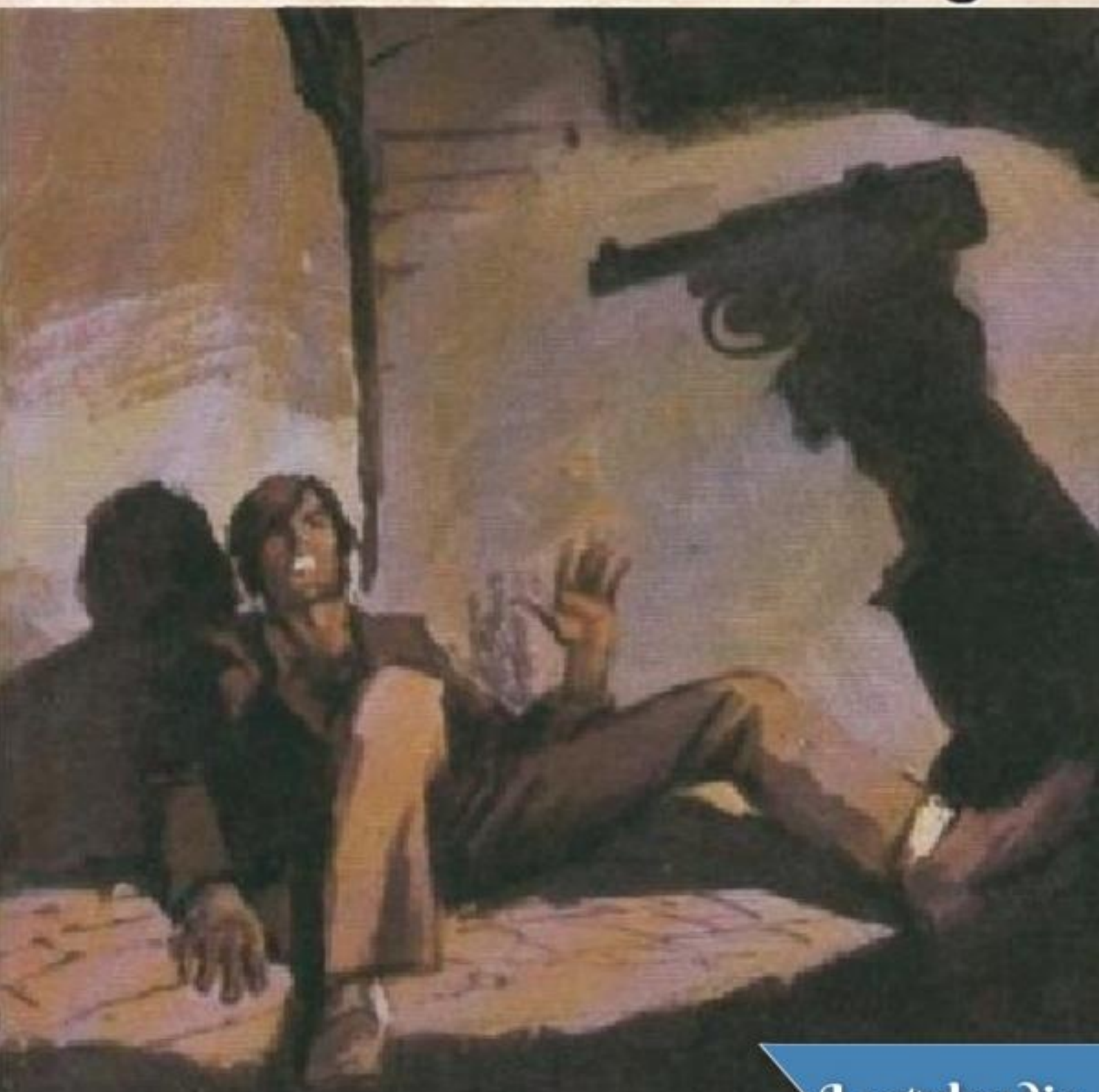
se

BOLSILIBROS

 POLICIASO

MORIR  
POR OTRO

Lou Carrigan



Lectulandia

El espía americano estaba esperando en su apartamento berlinés cuando se produjo la llamada telefónica.

—Ése tiene que ser él —murmuró.

Se puso en pie y se acercó al teléfono, observado por los dos hombres que le acompañaban en la espera. Uno de ellos debía tener aproximadamente su edad, es decir, algo más de treinta años. El otro, cercano a los sesenta, tenía en su rostro seco y curtido esa expresión que reveía ya un desengaño poco menos que total acerca de todo.

Y fue este hombre quien dijo:

—Si pide dinero dile que de acuerdo, Aldo.

Éste asintió, y descolgó el auricular.

Lectulandia

Lou Carrigan

# Morir por otro

**Bolsilibros: Punto Rojo - 1124**

ePub r1.0

xico\_weno 06.02.18

Título original: *Morir por otro*

Lou Carrigan, 1983

Ilustraciones: Desilo

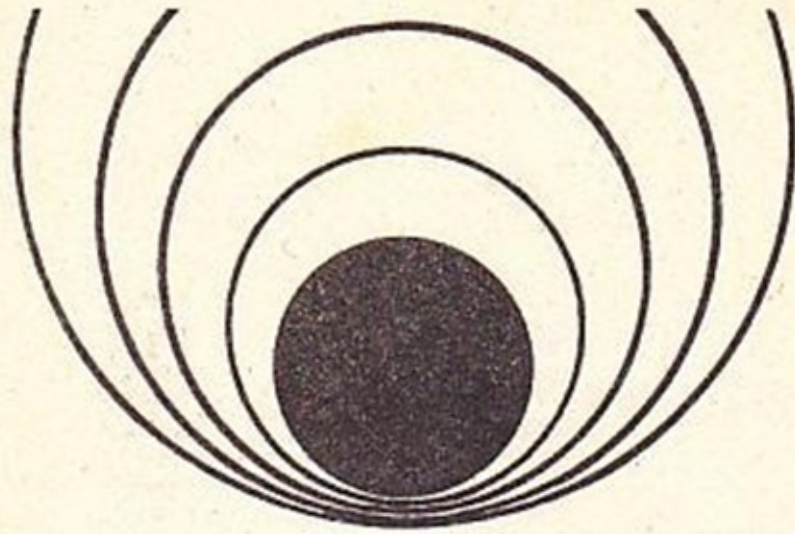
Editor digital: xico\_weno

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# **PUNTO ROJO**

---



## CAPÍTULO PRIMERO

EL espía americano estaba esperando en su apartamento berlinés cuando se produjo la llamada telefónica.

—Ése tiene que ser él —murmuró.

Se puso en pie y se acercó al teléfono, observado por los dos hombres que le acompañaban en la espera. Uno de ellos debía tener aproximadamente su edad, es decir, algo más de treinta años. El otro, cercano a los sesenta, tenía en su rostro seco y curtido esa expresión que reveía ya un desengaño poco menos que total acerca de todo.

Y fue este hombre quien dijo:

—Si pide dinero dile que de acuerdo, Aldo.

Éste asintió, y descolgó el auricular.

—¿Sí? —inquirió.

—¿...?

—Sí, soy yo. Hola, Igor... ¿Qué?

—¡...!

—Entiendo... —Aldo se volvió hacia su compañero y su jefe, y ambos vieron el gesto de preocupación y decepción en su rostro—. Bueno, dígame dónde está y acudiré inmediatamente a ayudarle.

—...

—Para eso trabajo, para resolver problemas.

—...

—Como quiera. Pero no veo cómo me entregará el material que ha ofrecido si no podemos reunimos. Luego, hay otra cosa, y es la referente al dinero...

—...

—¡Ah! Bueno, tanto mejor, pero comprenda que eso me desconcierte un poco. En cualquier caso...

—¡...!

—Sí, de acuerdo. Lo siento. Hable usted, soy todo oídos.

El agente americano estuvo no menos de tres minutos escuchando, mientras su compañero y su jefe le observaban atentamente. En el rostro de Aldo fueron apareciendo diversas expresiones, desde el alivio a la preocupación, el desconcierto, incluso la desconfianza. Murmuró algunas afirmaciones, hizo muy pocas preguntas brevísimas, pero en realidad prácticamente lo único que hizo fue escuchar.

Y por fin, colgó el auricular. Regresó despacio a su asiento, encendió un cigarrillo, y pareció salir de su ensimismamiento al mirar a su jefe, que le contemplaba paciente y expectante, sin atosigarlo, dejando que sus pensamientos se fuesen ordenando.

—Igor Kevilian está herido —dijo Aldo—. Ha llegado a Berlín sin problemas, pero aquí ha sido detectado y requerido para que explicase su presencia en la ciudad.

Ha escapado de la KGB por los pelos, y ahora está escondido.

—¿Y rechaza nuestra ayuda para salir del apuro?

—Sí. Dice que ya se las arreglará, que conseguirá salir de Berlín, y que nos encontraremos dentro de tres días en Roma. Me ha dado instrucciones respecto al lugar y la hora donde debo esperar su contacto en Roma.

—Pues francamente —gruñó el otro espía americano—, tu amigo ruso no me parece demasiado listo, si nada más llegar a Berlín ya tenía a la KGB esperándole.

—Ha sido muy precipitado y confuso. En cualquier caso, la KGB está que echa fuego: antes de escapar de Rusia Igor Kevilian tuvo que matar a un agente de la KGB, un tal Mihail Nekoroff.

—Pero bueno... ¿qué es lo que quiere venderte ese antiguo conocido tuyo del espionaje soviético?

—No lo sé concretamente. Dice que es algo que tiene que llegar a Estados Unidos y ser publicado por toda la prensa... Evidentemente, es una información que desea extender a todo el mundo, y está utilizando a la CIA, o sea, a nosotros, para que la recojamos, la llevemos a casa, y allá le demos curso por todos los medios informativos.

—¿Y cuánto pide por esa información? —preguntó el jefe.

—No ha mencionado el dinero ni una sola vez.

—No me gusta esto.

—Bueno —gruñó Aldo—, yo le avisé a usted de que Kevilian me había hecho llegar un recado citándome y haciéndome saber que tenía algo para mí, y no sé más, señor. He hecho lo que he podido.

—Tranquilo —le miró sorprendido el jefe—. Tu trabajo ha sido bueno, Aldo. Es la parte que corresponde a Kevilian la que no me gusta. Francamente, todo esto me huele a chamusquina.

—No veo por qué. Kevilian y yo nos hemos relacionado y entendido bien varias veces, y, en cuanto a esta ocasión, nosotros no vamos a perder nada; ni siquiera dinero. Sólo tenemos que recoger su información y estudiarla por si en efecto a nosotros también nos conviene divulgarla.

—Sí, sí, hasta ahí todo está bien —asintió el jefe—, pero ese Igor Kevilian no acaba de gustarme. Ya te dije que me había interesado por él, y supe así que hace unos tres años que dimitió de la KGB. Y ahora reaparece en el escenario del espionaje nada menos que matando a un hombre de la KGB en Rusia y escapando de allá con una información que desea que sea difundida por la prensa norteamericana; una información que, naturalmente, estará referida a la URSS. Es una cosa bastante extraña para haber sido realizada por un hombre que, *no lo olvidemos*, perteneció a la KGB hasta hace tres años y fue uno de sus mejores hombres.

—Realmente, eso huele a chamusquina —opinó el compañero de Aldo.

Éste hizo un gesto de resignación.

—Así están las cosas —dijo—. Personalmente, yo confiaría en Igor Kevilian,

pero es cierto, no podemos olvidar que es ruso y que estuvo trabajando en la KGB.

—¿Por qué dimitió? —preguntó el otro espía americano.

El jefe de ambos movió negativamente la cabeza.

—No hemos conseguido saberlo. Pero hay algo curioso en esto... Un poco después que lo hiciera Igor Kevilian también dimitió de la KGB otro de sus buenos agentes, un tal Viktor Karlov... que precisamente en estos últimos tiempos está trabajando como agregado cultural en la embajada soviética de Roma.

Aldo y su compañero se quedaron mirando fijamente a su jefe, que aparentó no darse cuenta hasta que, de pronto, sonriendo irónicamente, los miró.

—Sí, en Roma. Ya te digo que me he interesado por Igor Kevilian.

—Pero Viktor Karlov no es Igor Kevilian...

—Eran muy buenos amigos, en lo personal. No sólo eran camaradas en la KGB, sino amigos íntimos.

—¿Quiere decir homosexuales, señor? —preguntó el otro espía.

—No, no, nada de eso. Precisamente, respecto a Kevilian, circula una confusa historia referente a una muchacha alemana que desapareció. No, nada de homosexualismo; simplemente, Kevilian y Karlov eran excelentes amigos personales. Ambos dimitieron casi al mismo tiempo. Y ahora reaparece Kevilian, te cita en Berlín, te llama luego para decirte que en Berlín no podéis veros, y te cita en Roma, donde está Viktor Karlov. Ya sé, ya sé, puede ser una casualidad, pero lo más lógico es que Kevilian sepa que Karlov está en Roma.

—Me parecería natural que Kevilian buscara apoyo en su amigo, señor.

—Desde luego. Pero no sé... ¡Demonios, aquí hay algo que no me gusta nada!

Hubo unos segundos de silencio antes de que Aldo preguntase:

—En fin... ¿qué vamos a hacer? Si Kevilian va hacia Roma habrá que aceptar la cita allá. O dejar correr el asunto.

—Hay otra cuestión —dijo su compañero—: si Kevilian va hacia Roma y nosotros también, corremos el riesgo de darnos de narices allá con la KGB, pues ésta forzosamente tiene que saber que Karlov y Kevilian eran muy amigos y que Karlov está en Roma.

—No veo por qué la KGB tiene que pensar que Kevilian piensa ir a Roma desde Berlín —protestó Aldo.

—Es una posibilidad, ¿no?

—Posibilidad sí, pero...

—Calma, calma... —Gruñó el jefe—. En cualquier caso faltan tres días para esa cita, de modo que tenemos tiempo para estudiar el asunto detenidamente antes de tomar una decisión. Y en tres días todavía podemos llegar a saber muchas más cosas, tanto sobre Igor Kevilian como sobre su amigo Viktor Karlov. Pero sobre todo, analizaremos muy detenidamente a Kevilian...

Regresaba por las cloacas, utilizando la pequeña linterna para ver dónde ponía los



pies. No se olía demasiado mal allá abajo, pero bien cierto era que el poco tiempo que había permanecido en el exterior había respirado muchísimo mejor.

Había visto algunas ratas, pero no demasiadas. Aparecían un momento a la luz de la linterna, como sombras más que como cuerpos, y se escabullían rápidamente tras el momento de inmovilidad producida por la sorpresa y el temor. Se oía un chapoteo, y la rata desaparecía.

Todo era rumor de líquidos en todas partes.

Y chapoteo de ratas.

Ni una sola voz humana, por supuesto. Los seres humanos estaban arriba, viviendo en la ciudad, no en las cloacas. Era él quien se veía forzado a residir en las cloacas. Una vez más, después de tanto tiempo de vivir ajeno al espionaje, se veía forzado a una situación y unas vivencias repugnantes. Una vez más se estaba jugando la vida. Una vez más todo le parecía sórdido y hostil. Una vez más, el exespía de la KGB soviética Igor Kevilian había sentido en su cuerpo el mordisco del plomo, la angustia del acoso implacable, la tensión de todos sus nervios...

Se detuvo en una encrucijada de cloacas. La idea de no encontrar el camino para regresar a su cubil le estremeció. O tal vez lo que le estremeció fue la fiebre. Se tocó la frente con la mano libre y le pareció que ardía. ¡Claro que debía tener fiebre! Debía estar muy mal, ésa era la verdad.

Pero lo había conseguido. Lo que él había querido hacer lo había hecho: había salido al exterior, había hecho lo que se había propuesto y ahora regresaba a su cubil. Podría descansar y hacerse otra cura en la herida.

Tal vez, incluso, podría resistir hasta que los de la KGB se cansaran de esperarlo en aquella zona de Berlín y levantarán el cerco. Entonces podría salir de las cloacas. Pero no antes. Sabía que antes sería del todo imposible. Había trabajado en la KGB y sabía que sus componentes no abandonaban fácilmente la caza.

Desde luego ni pensar en que levantarán el cerco antes de tres días. Lo mínimo que estarían allí rastreándolo todo sería una semana. Es decir, que él no podría acudir a la cita con el americano Aldo Riddling en Roma. No era mal chico el americano. Pero tal vez no fuese demasiado listo. En ese caso, peor para él.

Viktor Karlov sí era listo. ¡Demonios, ya lo creo que Viktor era un hombre listo! Aunque el americano Riddling no supiera comprender la jugada, Viktor sí la comprendería.

El bueno y querido Viktor Karlov.

—Maldita sea —jadeó en las cloacas el exespía Kevilian—, ¡el espionaje es una mierda!

Su voz tuvo una resonancia blanda, húmeda; pareció ser engullida rápidamente por el agua, por los húmedos muros. Volvió a tocarse la frente y masculló unas cuantas palabrotas. Tomó el camino que le pareció correcto en la encrucijada y, en efecto, poco después vio la señal, y otro poco más adelante la rampa que ascendía hacia uno de los canales superiores. Retiró la mano del lugar donde tenía la herida y

se la miró. Estaba empapada en sangre. No le espantaba la sangre, ciertamente, pero sabía que sangrar demasiado era peligroso. Para él, ver sangre era normal. Pero había que tener cuidado, porque si perdía demasiada entonces sí que estaba listo: quedaría tan débil que si finalmente los de la KGB le encontraban ni siquiera podría escupirles.

Ascendió como pudo la rampa, sobreponiéndose a la herida y al asco, y llegó al canal superior, que discurría paralelamente a las aguas residuales. Desde allí, una trampilla le permitió el acceso al cuchitril donde se había escondido. Un escondrijo formidable donde nadie podría encontrarle. Bueno, casi nadie.

Colocó la trampilla en su sitio, buscó con la luz de la linterna el interruptor y, tras localizarlo, junto a la pequeña y retorcida puerta metálica, se acercó y lo accionó. En el techo bajo y sucísimo se encendió una pequeña bombilla tan cubierta de polvo y telarañas que apenas esparcía, más que luz, unas sombras siniestras en el pequeño habitáculo lleno de desperdicios y trastos viejos.

Pero este lugar era todo lo que tenía Igor Kevilian en Berlín para ponerse a salvo de las pesquisas de la KGB. Desde allí podía salir a comprar víveres, o a telefonar, y regresar rápidamente... siempre y cuando no fuese visto, en cuyo caso era seguro que le dispararían. Porque no había que olvidar que él, Igor Kevilian, había matado a Mihail Nekoroff, uno de los agentes en activo de la KGB.

—El maldito cerdo asqueroso de Nekoroff... ¡Cerdo asqueroso!

En un rincón del habitáculo había un lecho preparado con sacos, y Kevilian se sentó en él, apoyando la espalda en la pared. No había conseguido comprar alimentos aquella vez, porque había salido a la calle con otros objetivos y porque se había dado cuenta de que la herida le sangraba demasiado y la gente se daría cuenta de ello si entraba en algún local. De modo que había hecho lo que tenía que hacer y había regresado. Lo mejor sería hacerse una buena cura, contener debidamente la sangre y, tras descansar, por la mañana, o mejor por la tarde, salir en busca de víveres.

Eso iba a hacer.

Sentado, apoyado en la sucia pared, relajándose, Igor Kevilian cerró los ojos.

Eso estaba mejor, sí señor, mucho mejor. De nuevo pensó en su querido amigo Viktor Karlov. ¡Vaya si Viktor era listo...! Era un lince. Ahora estaba en Roma dedicado al arte, hecho un buen muchacho. Le había enviado alguna que otra postal desde Roma. Seguro que Viktor vivía la mar de bien, vaya que sí. Y seguro que los americanos sospechaban de él. Porque vamos a ver si no es sospechoso que un agente de la categoría de Viktor Karlov deje de pronto el servicio y se meta a agregado cultural en una embajada rusa...

Igor Kevilian tuvo, de pronto, la sensación de que unos brazos de blanca seda rodeaban su cuello, y en el acto olvidó a Viktor Karlov. Aquellos brazos de blanca seda rodeaban su cuello de un modo dulce y tibio. Casi sintió en su pecho el contacto de los pechos de ella, blancos y grandes, tan hermosos, y tuvo, en todo su cuerpo febril, el estremecimiento de placer remoto fruto del recuerdo de placeres reales. Tuvo la sensación de que la penetraba, y de que oía los ansiosos suspiros de ella.

Sentía como real su sexo, sus pechos, su vientre tibio, sus abrazos fuertes, apasionados, sus suspiros tremolantes.

Ella era hermosa, hermosa, hermosa... y dulce, apasionada. Y lo amaba tanto...

Una dulce sonrisa apareció en el demacrado rostro de Igor Kevilian; un rostro joven, hermoso, viril, disminuido por la herida, por la situación. Fue una sonrisa resplandeciente, cuando dijo:

—Pronto me reuniré contigo, vida mía...

## Capítulo II

VIKTOR Karlov vivía, en Roma, en el 14 de Via Mecenate, muy cerca de los jardines de Colle Oppio, en un pequeño apartamento que tenía un privilegio poco corriente: una terraza desde la cual se divisaba ni más menos que el Coliseum.

El Coliseum era, precisamente, una de las primeras visiones de cada día para Viktor Karlov. Cada mañana, después de desayunar, y mientras fumaba un cigarrillo y ponía su mente al día y planeaba sus actividades, contemplaba desde la terraza el Coliseum y aquella parte de Roma.

Le gustaba Roma y si podía se quedaría allí. Por el momento, llevaba una vida muy independiente, aunque, eso sí, dependiendo de la embajada. Y no tenía la menor intención de desligarse demasiado de la embajada, porque si en ésta se llegaba a decidir que Viktor Karlov no les servía de nada en Roma lo devolverían a Rusia.

Ah, ni hablar de eso.

No tenía nada contra Rusia, por supuesto. Era su patria y la amaba. Pero Roma tenía un encanto especial.

Sobre todo en primavera. Bueno, en realidad faltaban muy pocos días para que fuese verano en el calendario. En el ambiente ya lo era. Había un calor fresco por la mañana, en Roma. Luego, ciertamente, del frescor no quedaba nada, pero aquellas primeras horas de la mañana, fumando un cigarrillo, con los jardines y el Coliseum a la vista... ¡Ah, Roma, Roma!

¿Qué tenía que hacer aquella mañana Viktor Karlov?

Pues tenía que ir al Museo Nacional Romano, en Via Marsala. Los museos encantaban a Viktor Karlov: eran lugares silenciosos y repletos de gentes pintorescas, desde el erudito empollón como él a los turistas a veces de lo más gracioso.

El cigarrillo se terminó, Viktor dirigió una última mirada al Coliseum y entró en el apartamento. Era un apartamento pequeño, sí, pero muy agradable, con encantadoras persianas en las ventanas y en el balcón-terraza. Había tiestos con flores en la terraza y en la sala, que cuando llegaba media tarde quedaba sumida en una penumbra fresca y quieta, como algo irreal, como formando parte de un cuadro, no de la realidad.

Una hermosa sala, dos dormitorios, cocina, cuarto de baño, terraza, flores, jardines y el Coliseum a la vista... ¡Caramba! ¿Qué más se podía pedir?

Eran apenas las nueve y media de la mañana cuando Viktor Karlov salía de su apartamento, portafolios en mano, y se dirigía, a pie, hacia el Museo Nazionale Romano. ¿Qué iba a hacer Viktor en semejante lugar? Pues cumplir con su obligación de agregado cultural de la embajada soviética: Viktor se había propuesto escribir una guía artística de Roma profundizando hasta donde nadie había profundizado. No una guía artística para turistas, nada de eso, sino una guía para estudiosos del arte. Una guía artística romana que mereciese los honores de formar parte de la Gran Biblioteca Central de Moscú.

A las once y pocos minutos, Viktor vio por primera vez a la muchacha, dentro del museo.

Ella estaba a unos diez o doce pasos de él, delante de una obra de arte digna del mayor interés. Sin embargo, le estaba mirando a él. Le estaba mirando completamente pasmada, abierta la boca, y no menos abiertos los grandes ojos tras los cristales de las gafas de gruesa montura. No es que fuera fea, y a decir verdad parecía tener un cuerpo bonito, pero a Viktor le recordó, graciosamente, un patito contemplando atónito a un cisne.

¿Qué podía hacer? Hizo lo que era propio de él: sonreír a la muchacha, amable, afable, casi cariñosamente. Había que comprenderla: él medía metro ochenta y dos, parecía un poeta-atleta o un atleta-poeta, resultaba interesante con su melena y sus ropas descuidadas, y, esto lo sabía Viktor perfectamente, era un hombre muy atractivo. Así que la muchacha se había quedado turulata al verlo, y eso era todo.

Viktor, pues, le sonrió amable, afable, casi cariñosamente, y al segundo siguiente la había olvidado.

La recordó veinte minutos más tarde. En realidad casi tropezó con ella en otro pasillo del museo. Se la encontró delante y tuvo que sujetar su bloc de notas contra el pecho para no perderlo en el choque que estuvo a punto de producirse.

—Perdone —murmuró ella, en italiano, sofocada.

Viktor la miró a los ojos. Y esta vez los vio mejor. Mucho mejor. La muchacha se había sonrojado levemente, pero Viktor no reparó en esto: sólo reparó en el tono azul de los ojos tras los cristales de las gafas. Un tono azul y limpio que antes no había distinguido.

—No tiene importancia —murmuró Viktor, también en italiano.

Siguió su camino, pero volvió la cabeza a los pocos pasos. Ella estaba vuelta hacia él, y se llevó un susto al ver que él volvía la cabeza, apresurándose a dar la vuelta y alejarse. Tenía las piernas bonitas. A decir verdad, muy bonitas. No era tan patito feo como parecía. Lo único que... Sí, eso era: vestía y calzaba de modo impropio de su edad, parecía una mujer bastante mayor de lo que era; se mostraba demasiado austera.

«Estoy seguro de que no es italiana», pensó Viktor.

A las doce y media aproximadamente, Viktor Karlov abandonó el museo. Oyó tras él unas pisadas precipitadas, una exclamación, y el inconfundible ruido de libros cayendo al suelo. Se volvió, y vio a la muchacha de los lentes detenida tras él a pocos pasos, con varios libros caídos en el suelo ante ella, y mirándole fijamente y lívida de turbación. Sus grandes ojos azules parecían casi más grandes que los cristales tras los cuales se hallaban.

La muchacha desvió rápidamente la mirada, se acuclilló, y comenzó a recoger los libros. Por un instante, Viktor tuvo la sensación de que los ojos de ella persistían como insólita imagen en los suyos. Acto seguido, siguiendo su impulso, regresó

sobre sus pasos y se acuclilló junto a ella.

—Permítame ayudarla —dijo, con su característica amabilidad.

Ella le miró como aterrada.

—No, no, gra... gracias, n... no... no hace falta...

—Seguramente no —sonrió Viktor—, pero me gustaría.

—No, ti... tiene que... que mo... molestarse...

—No es ninguna molestia. Y apuesto a que no es usted tartamuda.

La muchacha enrojeció. Viktor movió la cabeza, y la ayudó a recoger los libros. Ya ambos erguidos, él colocó los libros recogidos sobre la pila que ella mantenía ante el pecho.

—Se le volverán a caer —vaticinó el ruso—. ¿No lleva una cartera o una bolsa?

—No... No.

—Pues se le volverán a caer.

—Bu... bueno, no... Quiero decir que... que tengo el coche cerca de aquí...

—Ah, tiene usted coche. Entonces la acompañaré hasta allí. Deje, le llevaré unos cuantos libros.

—No, no...

—Si realmente no lo desea no lo haré —la miró socarronamente él—. ¿Lo desea o no lo desea?

Ella se quedó mirándolo fijamente, y tragó saliva. Viktor sonrió una vez más, sabiendo perfectamente que su sonrisa de buen muchacho causaba estragos en las mujeres. Agarró varios libros de los que acababa de colocar sobre la pila ante el pecho de la muchacha, y preguntó:

—¿Hacia dónde vamos?

—Tengo... tengo el coche en Via Marsala, aquí mismo...

—Estupendo. ¿En qué dirección va?

—Ya... ya le digo que tengo el coche...

—No, no. Yo digo hacia dónde va cuando ya esté en el coche.

—¡Ah! Bueno, al hotel, claro.

—Estupendo: me viene de paso.

—¿Qué?

—Que me viene de paso, así que tal vez será tan amable de llevarme.

—Pero... ¿usted no sabe a qué hotel voy!

—Vaya a cual vaya me viene de paso —rió Viktor—. ¿De acuerdo? En realidad todo lo que estoy haciendo es proteger sus libros. Amo los libros, y me gustaría que los suyos vivieran muchos años. ¿Cuál es su coche?

—Es un Talbot alquilado... Color gris.

—Color gris —pareció reprender Viktor—. Muy bien. Bueno, yo soy Viktor Karlov.

—Yo... yo soy Rachel Cowan. Soy... soy americana.

Viktor la miró a los ojos, impenetrable ahora la expresión. Pero enseguida sonrió

de aquel modo casi afectuoso y rompecorazones.

—Americana... ¡Qué le parece! Yo soy ruso, ¿no es formidable esto? Una americana y un ruso se conocen hablando italiano. Me pregunto si tiene usted algo contra los rusos.

—¡Oh, pues...! No, claro. No, no.

—Pues a mí, si he de serle sincero, los americanos no me hacen demasiada gracia. Pero usted es distinta.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque usted es una intelectual, como yo, no una turista de tres al cuarto. Apuesto a que es profesora de algo en Estados Unidos.

—¿Cómo ha podido adivinarlo? —exclamó Rachel Cowan, deteniéndose.

—Listo que es uno —rió Viktor—. ¿De qué es profesora?

—De Arte Europeo en el Renacimiento.

—¡Fiuuu! —Silbó Viktor—. ¡Caray!

—Éste es mi coche.

—Un Talbot color gris —asintió él—: seguro, es éste. ¿Quiere que conduzca yo?

—Oh, no, no... ¡Claro que no!

—Entonces, si abre podremos colocar dentro los libros, sentarnos cómodamente y encender un cigarrillo. ¿Fuma usted, señorita Cowan?

—Sí... No mucho, pero fumo.

—Lo que significa que suele llevar cigarrillos encima.

—Sí... Claro.

—Espléndido. Así tendré el placer de que me invite.

Rachel Cowan parpadeó, acto seguido dejó escapar una risita, y en un instante la turbación volvió a apoderarse de ella. Viktor le quitó todos los libros, ella abrió el coche, y él colocó los libros en el asiento de atrás. Luego, ambos ocuparon los asientos delanteros. Rachel sacó el paquete de cigarrillos americanos de su bolso, y lo ofreció a Viktor, que encendió dos y le entregó uno.

—Yo soy agregado cultural en la embajada soviética —dijo—. Precisamente me siento muy interesado por el Arte, aunque no exclusivamente del Renacimiento, sino de todo. Pretendo hacer algo así como una guía turística de envergadura.

—Pero... ¡eso le llevará mucho tiempo!

—Soy joven —aseguró Viktor—, así que espero tener tiempo para terminar el libro. ¿Entiendo que está de paso en Roma?

—Sí. Bueno, había pensado estar aquí cuatro o cinco semanas.

—Demasiado tiempo para permanecer en un hotel. Le iría mejor en un apartamento. Y le resultaría más barato... Claro que a lo mejor la cuestión dinero no le preocupa a usted.

—Pues... Bueno, no mucho.

—Ya. ¿En qué hotel está?

—En el Imperial.

—Claro. ¿Viaja sola?

—Sí... Sí.

—Me gustaría invitarla a almorzar.

—¿A mí? —exclamó Rachel—. ¿Por qué?

—Para seguir charlando. Además, me hacen gracia las chicas que se quedan embobadas mirándome.

—¡Yo no estoy embobada mirándole!

—Ahora no —rió Viktor—, pero tendría que haberse visto cuando me vio en el museo: parecía talmente que hubiera visto algo increíble.

—Usted... ¡usted es un engreído!

—Claro que no, mujer —le dio Viktor una palmadita en una rodilla—. Soy un hombre normal, atractivo, y en absoluto hipócrita. ¿Le gustan a usted los hipócritas?

—¡Desde luego que no!

—Entonces, inevitablemente, yo le gusto. ¿Almorzamos juntos, por lo tanto? Pero no en el Imperial, porque si bien no soy pobre tampoco soy rico como usted. ¿Qué le parece uno de esos simpáticos restaurantes italianos, tipo *pizzería*, que las películas americanas han hecho tan populares? Apuesto a que el propietario es gordo, simpático, le encantan los enamorados y se llama Mario o Carlo. Tal vez Pietro.

—Usted... se está burlando de mí, señor... señor Karlov...

—Me encantaría equivocarme —dijo enfáticamente Viktor—. Pero tengo comprobado que la vida ofrece pocas situaciones realmente encantadoras.

—¿Qué... qué?

—Aunque tal vez ésta sea una de ellas —suspiró el ruso—. ¿Quieres que almorcemos junto sí o no?

—Sí —desvió ella la mirada—, me gustaría, sí.

—Pero será donde yo diga.

—Está bien. Pero antes quiero pasar por el hotel, para dejar los libros y unos apuntes que he tomado, y cambiarme de vestido.

—El que llevas es muy bonito, pero, en efecto, quizá deberías ponerte algo más... juvenil. ¿Tienes esa clase de ropa?

—Ya no soy ninguna niña, señor Karlov.

Rachel dijo esto mirando a Viktor al tiempo que frenaba ante un semáforo. Viktor arqueó las cejas, sonrió espontáneamente, y acercó su rostro al de la muchacha. La besó en los labios sin que ella reaccionara en modo alguno y susurró:

—Yo soy Viktor y tú eres Rachel, ¿de acuerdo?

—Sí... —susurró ella—, de acuerdo.

—Bien... Bien. Podemos hacer una cosa: vamos a tu hotel, dejas todo eso, te cambias de ropa, y luego nos vamos a almorzar a cualquier parte y después a dar un paseo en coche por la playa. ¿Has estado en Lido di Ostia?

—La conozco un poco.

—Pues la conocerás mejor —sonrió una vez más Viktor—. A menos que a ti se te



ocurra algún plan mejor que el que te he propuesto.

—No... Por mí está bien.

Viktor se quedó mirando los azules ojos de Rachel Cowan, ahora en silencio, hasta que detrás del Talbot sonó un claxon. Rachel desvió la mirada hacia el semáforo, lo vio verde, y arrancó.

Veinte minutos más tarde entraban los dos en la habitación de Rachel en el hotel Imperial. Viktor dejó los libros sobre un pequeño y gracioso buró, imitando a Rachel. Las persianas de la habitación estaban casi completamente cerradas. La iluminación era la justa, agradable y suave.

—Voy a ducharme y cambiarme de ropa —dijo ella.

—Bien.

—Tal vez sería mejor que... me esperases en el vestíbulo.

—Puedo escoger tu ropa mientras tú te duchas —dijo él.

Se veían bien en la luminosidad amortiguada. Rachel le miraba con una fijeza escrutadora. De pronto señaló el armario y murmuró:

—Todas mis cosas están ahí. Procura no desordenarlas, y deja sobre la cama la que elijas.

—O sea, que insistes en que te espere abajo.

—Es lo correcto.

Eso sí —rió quedamente Viktor—, ¡sin duda es lo correcto!

—Hasta luego —dijo Rachel.

Entró en el cuarto de baño. Viktor se acercó al armario, lo abrió, y echó un vistazo general. No había demasiada ropa. No al menos tanta como cabía esperar en una turista americana que visita Europa y que posiblemente estuviera dando la vuelta al mundo. Pero, en fin, no hay mejor guardarropa que un bolsillo lleno de dólares: allá donde estés puedes comprarte lo que desees o necesites, no tienes por qué ir cargado con maletas y baúles.

Había un maletín que le llamó la atención, pues le pareció peculiar, forrado de raso negro. Lo estuvo mirando dubitativo antes de decidirse a abrirlo. Cuando lo hizo se llevó una decepción: nada de dólares, pasaportes, armas, objetos sofisticados... Era pura y simplemente un maletín que contenía esa clase de cosas que las mujeres nunca se dejan atrás: maquillajes, secador de cabello, tijeras, cepillo para el cabello, instrumental para las uñas... Cerró el maletín y lo dejó en su sitio. Buscó el pasaporte, pero no lo encontró.

«Tal vez lo tengan todavía en la conserjería», pensó.

Removió las ropas, el calzado, y fue a mirar en el buró.

Oía el rumor de la ducha procedente del cuarto de baño. Acabó por mover la cabeza, diciéndose que no encontraría nada. Regresó ante el armario, eligió una falda de vuelo y un jersey azul claro, y un par de zapatos a juego, y, sonriendo, abrió los cajoncitos donde lógicamente debía estar la ropa interior de Rachel Cowan, la profesora de Arte Europeo en el Renacimiento. Y allá estaba la ropa interior.

Tampoco había mucha, pero eso sí, era de clase. Buscó en las costuras alguna indicación de su procedencia, pero no había ni una sola. Esto sí que era chocante.

Eligió un sujetador y una braguita de color azul también y fue a dejarlo todo sobre la cama, menos los zapatos, naturalmente, que dejó sobre la alfombra. Todavía se oía el rumor de la ducha, pero, de pronto, cesó. Viktor oía ahora removerse a Rachel. Era como si la estuviera viendo secándose.

Silenciosamente se sentó en una butaquita junto a la cama, y simplemente esperó.

Tan sólo un par de minutos más tarde Rachel Cowan salió del cuarto de baño, completamente desnuda y secándose todavía su hermosa cabellera negra y ondulada, todavía más alborotada ahora. Tenía un cuerpo terso y espléndido, y tal vez fuese debido a la bien matizada luz solar del mediodía, pero parecía talmente de oro.

Ella se detuvo en seco al verlo, y se quedó mirándolo. Él dijo:

—¿Ves cómo eres mucho más joven de lo que parecías?

—Creía que te habrías marchado...

—Sigo aquí.

Ella no dijo nada más. Viktor se puso en pie, se acercó a Rachel, y le quitó la toalla. Luego, introdujo las manos entre sus húmedos cabellos, y los ahuecó. Rachel Cowan se estremeció.

—Aclaremos una cosa —susurró el soviético—: todo eso de la caída de los libros al salir del museo no ha sido casual, ¿verdad? Creo que me has estado siguiendo por todo el museo, y cuando has visto que me iba has intentado el contacto de ese modo. Si yo no hubiera hecho caso lo habrías vuelto a intentar como fuese, siguiéndome con el coche, etcétera. ¿De acuerdo?

—Sí —murmuró Rachel.

—Muy bien. ¿Con qué objeto?

—Me sentía fascinada por ti.

—¿Eso es todo? ¿Y así de simple? ¿Sin más?

—Eso es todo, así de simple, sin más.

—Vaya, todo un flechazo, ¿no?

—Sí... Sí.

—Bueno, ¿y qué esperas de todo esto?

Rachel no contestó. Viktor Karlov la atrajo, la besó en la boca, y luego la apartó suavemente, bajó las manos hasta la cintura femenina, y atrajo el dorado cuerpo fresco y turgente. Se inclinó y besó un pezón y luego otro. Sintió en sus manos la fuerte vibración de todo el cuerpo de la chica americana. Se irguió, la miró a los ojos, y de nuevo la besó en la boca, introduciendo su lengua; la de Rachel aceptó enseguida el contacto.

El beso se prolongó, en un silencio total allí dentro, pero como revuelto en un lejano y hasta irreal rumor romano. Por fin, Viktor apartó a Rachel, y comenzó a desnudarse, sin dejar de mirarla. Ella no se había movido cuando él terminó de desnudarse. La llevó hacia la cama, y la tendió suavemente sobre ésta, sin hacer caso

de la ropa allí colocada. Inmediatamente, sin más preámbulos, Viktor se tendió sobre Rachel, y ella se abrazó a su cuello; lo atrajo cálidamente, suspirando:

—Sí, sí, ya estoy... preparada... Sí...

Viktor Karlov penetró a Rachel Cowan, y ella emitió un suspiro que pareció una explosión, se abrazó con más fuerza a él y comenzó a moverse suavemente. Todo era deliciosamente real y perfecto. Y apenas dos minutos más tarde, cuando ella pronunció su nombre, Viktor comprendió que todo era indiscutiblemente real.

Cuando Rachel estalló entre sus brazos Viktor Karlov tuvo la sensación de que en su cuerpo penetraban poderosamente las oleadas de placer que irradiaban del de ella, y que le hicieron estallar a él vigorosamente.

Permanecieron inmóviles y abrazados quizá durante más de un minuto. Por fin, Viktor se apartó de Rachel Cowan, y se puso en pie junto a la cama. Ella le miraba con los ojos relucientes, y eso era todo. Es decir, eso era todo lo que se veía a simple vista.

De pronto, ella sonrió y susurró:

—Gracias, Viktor.

El exespía soviético recogió su ropa y se la puso, de cualquier manera. Ella se sentó en el borde del lecho, y dijo:

—Me vestiré yo también y podemos ir adonde tú quieras...

La tremenda bofetada alcanzó a Rachel Cowan y la hizo oscilar con tal violencia que casi la hizo caer de la cama. Ella recuperó rápidamente el equilibrio, y con los ojos llenos de lágrimas debido al dolor miró a Viktor, cuyos apretados labios se movieron apenas al mascullar:

—Escucha bien, profesora de Arte Europeo en el Renacimiento: si a ti te gusta el juego y obedecer órdenes de gentes sin entrañas, está bien. Pero yo hace ya tiempo que lo dejé, de modo que estás perdiendo el tiempo. ¿Me has comprendido?

—No... No sé a qué te refieres... ¡Ni comprendo por qué me has pegado!

Viktor la agarró por los cabellos forzando al cuello femenino hacia un lado, con rabia.

—Sólo quiero una respuesta, y olvidemos esto: ¿qué es lo que pasa ahora, por qué venís a molestar a Viktor Karlov?

—Me estás lastimando... ¡Y no sé de qué estás hablando!

La mano libre de Viktor se alzó dispuesta al golpe, pero quedó inmóvil en alto. Viktor vaciló, farfulló algo, y bajó la mano al tiempo que soltaba los cabellos de Rachel. Se dirigió hacia la puerta de la habitación, y allá se volvió, contemplando con expresión hostil la deslumbrante belleza femenina. La apuntó con uno de sus dedos.

—No vuelvas a cruzarte en mi camino, o lo lamentarás. La próxima vez ten la seguridad de que Viktor Karlov no será tan... amable contigo. Y díselo a tus amigos: si no me dejáis en paz tendréis que lamentarlo.

Abrió la puerta y salió de la habitación.

Rachel Cowan permaneció pensativa unos segundos. Luego, entró en el cuarto de

baño, todavía desnuda. Apenas medio minuto más tarde, cuando se estaba secando con la pequeña toalla, oyó cerrarse la puerta de la habitación, y sonrió.

—Estoy aquí, Viktor —llamó suavemente.

## Capítulo III

SE puso en pie y dio un paso hacia la puerta del cuarto de baño.

Y de repente se detuvo en seco.

Estaba oyendo las pisadas acercándose a la puerta, pero supo entonces que no eran las de Viktor Karlov. Justo en ese momento, el hombre aparecía en el hueco de la puerta y se quedaba mirando socarronamente a la petrificada señorita Cowan.

—No soy Viktor —dijo amablemente.

La mirada de Rachel pasó por encima de un hombro del sujeto y vio al otro en el dormitorio, frente al armario, que estaba mirándose como preguntándose por dónde debía empezar, Rachel regresó la mirada hacia el sujeto que tenía ante ella.

—¿Qué significa esto? —inquirió con voz tensa.

—¿Qué prefieres? —sonrió de nuevo el hombre—. ¿Que hablemos como gente inteligente o que te violemos y luego te arranquemos la cabeza?

Rachel alcanzó el albornoz que antes no había utilizado y se disponía a ponérselo cuando el hombre se lo quitó de las manos y lo tiró a un rincón. Inmediatamente, ella colocó de nuevo la toallita ante su sexo. Una sonrisa de dientes blancos y fuertes relució en el rostro del desconocido.

—¿Qué le has entregado a Viktor Karlov? —preguntó.

—¿Qué...? ¿A qué se refiere?

—Desde luego no a tu honra y ni a tu sexo —rió el hombre—. Sé que habéis echado un polvo, y hasta quizá dos, pues habéis tenido tiempo suficiente. Pero eso no nos interesa, por nosotros podéis pasaros la vida dándole gusto al sexo. Es agradable el sexo. ¿Te gustaría que te lo... deteriorara?

—No... No. Pero es que no comprendo...

—Le has entregado algo a Karlov. ¿Qué cosa?

—Pero... no le he entregado nada. Es decir, no sé a qué se refiere. Qui... quiero decir que si le he entregado algo ni lo recuerdo... ¿A qué se refiere usted?

—Unos papeles, un microfilme, una cassette... No sé el procedimiento, pero algo le has entregado. Tiene que ser así.

—No. De verdad que no.

—Escucha, hace unos días que estamos vigilando a Karlov, y somos lo bastante listos para habernos dado cuenta de tus maniobras en el museo hasta haber conseguido el contacto con él. Aunque posiblemente él acudió al museo precisamente para ponerse en contacto contigo y ha estado haciendo toda la comedia siguiendo el divertido juego de tonterías. ¿Ha sido eso? ¿Estabais citados allí?

—No... ¡Nunca hasta esta mañana había visto a Viktor!

—Pero alguien te habló de él y te envió a entregarle un paquete, ¿no es así?

—¡Claro que no! ¡No logro comprender qué pretende usted con todo esto!

—Vamos a empezar la conversación de otro modo —frunció el ceño el hombre—. Si te pregunto...

—Quiero... Quisiera vestirme...

—Estás bien así. Si hemos de violarte todo será más fácil y agradable. Aunque con pájaras como tú todo eso de la violación debe ser un juego de niños, ¿verdad? Para ti, hacer uso del sexo debe ser como para una persona normal hacer uso de las manos. ¿A que sí?

—¡Desde luego que no!

—Pero te has pegado un buen lote con Viktor Karlov, ¿eh?

—No... No es cierto... No.

El otro sujeto pareció perder todo interés por el armario, y se acercó al cuarto de baño, quedando en el umbral, junto a su compañero.

—¿No estás alargando demasiado la entrevista? —preguntó—. Hemos venido a trabajar, no a hacer relaciones sociales practicando el italiano. Pregúntale dónde quedó Kevilian.

El otro asintió, y se dirigió a Rachel hablando ahora en ruso:

—Ya has oído: ¿dónde quedó Igor Kevilian?

Rachel Cowan miraba de uno a otro con los ojos abiertos como si le fuesen a saltar de las órbitas.

—¿Qué... qué dice...? —tartamudeó—. ¿Qué ha dicho?

—No me digas que no entiendes el ruso —sonrió el sujeto, pero ya mosqueado.

—No... no le entiendo nada de lo que dice ahora...

—¿No entiendes el ruso? —preguntó el hombre en italiano.

—¿El ruso? —Respingó Rachel—. ¡Claro que no!

Los dos hombres se quedaron mirándola fríamente. Lo que había empezado con un cierto tono entre informal y simpático iba tomando muy mal cariz y Rachel se daba perfectamente cuenta de ello.

—Si no entiendes el ruso, es una tontería suponer que tú eres rusa, ¿verdad?

—¿Rusa? ¿Yo? ¡Yo soy americana...!

—Americana —dijo el del armario—. O sea, que ni eres rusa, ni entiendes el ruso, ni sabes quién es Igor Kevilian, ni lo has visto nunca.

—No... nunca.

—Me parece que te gustan las complicaciones.

—¡Es que no sé nada de lo que están diciéndome!

El tipo que se había interesado por el armario empujó a su compañero al interior del cuarto de baño, entró tras él, y cerró la puerta. La expresión de susto de Rachel Cowan casi convenció a los dos sujetos, pero el del armario, que indudablemente era más duro y desconfiado que su compañero, masculló una palabrota en ruso, y se acercó a Rachel y la asió por el cabello...

No tuvo tiempo de nada más.

Recibió en los testículos un rodillazo espantoso, que le arrancó un bramido de dolor mientras saltaba y sus ojos se desorbitaban. El otro palideció bruscamente de rabia, metió la mano derecha bajo la axila izquierda, y comenzó a sacar la pistola.

Rachel utilizó la pequeña toalla húmeda para golpearle en el rostro, acertándole de lleno en los ojos. Fue un ataque inesperado, y mucho más doloroso de lo que cabría esperar. Especialmente, un extremo de la toalla dio en el ojo derecho del sujeto, y el dolor fue tan intenso que gritó, dejó caer la pistola y se llevó ambas manos a los ojos.

El puñetazo, un directo escalofriante modelo *tsuki* de la más pura escuela de karate, le alcanzó en el pecho, lo tiró de espaldas contra la puerta y terminó por derribarlo, transido de dolor, sin respiración, como muerto.

El otro, que se agitaba apenas en el suelo, donde había caído dolorosamente de rodillas, había conseguido ladear la cabeza y miraba a Rachel con expresión entre mortecina y odiosa. Rachel se acercó a él y con el empeine en el pie derecho, golpeó al hombre en la punta de la barbilla. El sujeto saltó de nuevo como si alguien hubiera pretendido arrancarle la cabeza de un tirón y se hubiera llevado detrás el cuerpo. Acto seguido pareció desparramarse por el suelo, y quedó boca arriba, con los ojos desorbitados.

Rachel miró a uno y otro hombre, se sentó en el borde de la bañera, cerró los ojos, y aspiró profundamente. Permaneció relajándose medio minuto. Luego, se acuclilló primero junto al más simpático de los dos sujetos y procedió a registrarlo. Sólo encontró cosas compradas en la misma Roma, sin documentación de ninguna clase. Los dos hombres eran rusos, eso sí, pero ella sabía que no eran de la KGB. Entonces... ¿para quién trabajaban? No para la CIA, ciertamente... Y si tampoco eran agentes de la KGB, ¿qué eran, a qué servicio pertenecían...? A ninguno, Pero querían lo que Igor Kevilian había sacado de Rusia, y que podía ser en forma de cassette, microfilme o papeles.

Rachel pareció reparar de pronto en su desnudez. Lo mejor sería vestirse y afrontar acto seguido la situación, de la que, indudablemente, se podría sacar mucho partido.

Así pues, desdeñado registrar al otro sujeto, que por supuesto tampoco debía llevar encima nada revelador, Rachel Cowan se irguió, fue a la puerta del cuarto de baño, la abrió y salió al dormitorio...

La pistola, con el silenciador en la punta, apareció ante sus ojos. Y una voz de hombre ordenó, en perfecto ruso:

—Las manos sobre la cabeza, fiera. Y si te mueves sólo un milímetro te meto una bala en cada ojo.

Dicen que la belleza está en los ojos que la contemplan, y Viktor Karlov estaba comprendiendo aquella tarde el significado de esta frase. Por ejemplo, él siempre había considerado bello el Coliseum, pero aquella tarde no se lo parecía. Aquella tarde, el Coliseum era, a los ojos de Viktor Karlov, un montón de ruinas, y se acabó. A ver: ¿qué demonios tenía de bello aquel montón de piedras viejas? ¡Que alguien se lo explicara!

—Maldita sea —dijo en voz alta.

Entró en el apartamento, ajustó la salida a la terraza donde había permanecido, y se sentó en un sillón, encendiendo un cigarrillo. Tal vez había sido demasiado rudo y duro con ella. Tal vez, incluso, fuese verdad que ella no sabía de qué le estaba hablando.

Este último pensamiento le molestó, porque podía significar que él había perdido facultades; sí, hacía falta ser ingenuo y haber perdido todas sus facultades de buen espía para creerse el cuento chino de la preciosa americana de Arte y todo eso. ¡Pero qué profesora, ni qué americana, ni qué Arte, ni qué... narices!

La pregunta clave era: ¿qué querían de él? ¿Por qué le habían enviado a Rachel Cowan? ¿Qué estaba sucediendo?

¿Había hecho él alguna cosa que hubiera llamado la atención de rusos o americanos? Reflexionó, reflexionó y reflexionó... Pues no, no señor, no había hecho nada de nada desde que pidiera la baja en la KGB, así que no entendía...

La llamada a la puerta le llegó como algo lejano y no relacionado con él, al primer momento. Pero enseguida reaccionó, y se irguió vivamente. No le visitaba nunca nadie en su apartamento, así que algo había ocurrido, algo había cambiado y, por lo que fuese, él estaba involucrado en ello.

Fue a la puerta y se detuvo frente a ella, vacilante; ya no tenía armas. Era simplemente el agregado cultural de la Embajada soviética. ¿O no? ¿Qué más era él, qué sucedía...?

—¿Quién es? —preguntó, tras colocarse a un lado de la puerta.

—Soy yo —oyó la voz de Rachel Cowan.

El exagente de la KGB parpadeó. Bien, tal vez había llegado el momento de las explicaciones tras un cambio de táctica por parte de la muchacha, que posiblemente, al informar de lo sucedido en su hotel, había recibido nuevas instrucciones respecto al modo de relacionarse con él.

Sonriendo secamente, Viktor Karlov abrió la puerta de su apartamento... y respingó fuertemente. Ni siquiera prestó atención a la pistola provista de silenciador que apareció por su derecha. Su mirada había quedado como paralizada sobre el rostro de Rachel Cowan, en el que se veían señales de golpes; le habían partido el labio inferior y le sangraba la nariz.

—Viktor, lo siento —murmuró ella—. Me habrían matado y de todos modos sabían dónde encontrarte.

—Entra —susurró él—. Será mejor que te limpie un poco la cara.

—Usted va a venir con nosotros, Karlov —dijo el sujeto de la pistola.

Viktor lo miró, despacio, inexpresivos, sus grises ojos. El sujeto sintió un extraño desasosiego, como una tensión fría en la espalda. Luego, Viktor miró al otro, al que estaba detrás de Rachel, sin duda metiéndole una pistola en los riñones. Los ojos de Viktor Karlov parecían dos trocitos de hielo.

—Muy bien —dijo serenamente—, iré con ustedes, pero será después de arreglar un poco a Rachel. Pasa.



—¡Escuche, Karlov, le digo...! —empezó el sujeto.

Karlov volvió a mirarle, frunció el ceño y, luego, simplemente, agarró a Rachel de un brazo y tiró de ella hacia el interior del apartamento. Los dos hombres entraron rápidamente tras ellos, y el que había estado amenazando a la muchacha dijo:

—Si cree usted que con su actitud...

—Cállese —dijo secamente Viktor.

Se desentendió de ellos talmente como si no existieran, y llevó a Rachel a la sala, donde la dejó sentada. Cuando fue hacia el cuarto de baño, uno de los sujetos le siguió, no mereciendo ni siquiera una mirada por parte de Viktor, que recogió algunas cosas del botiquín y volvió a la sala.

Bajo la hosca mirada de los dos sujetos armados, que no descuidaban la vigilancia, Viktor procedió a limpiar la sangre del rostro de Rachel.

De pronto, uno de los sujetos habló:

—Ella le entregó algo a usted, Karlov: lo que sea, lo queremos.

Viktor le miró y movió negativamente la cabeza.

—Ella no me entregó nada. Es solamente una espía americana que está haciendo el ridículo. Es decir, lo está haciendo la CIA, que por lo visto ignora que no trabajo en el espionaje.

—Lo mismo decía Kevilian, y ya ve —replicó el otro.

Rachel iba mirando de uno a otro hombre mientras hablaban. El que conversaba con Viktor era el tercer hombre del grupo, el que finalmente la había dominado con la pistola en el cuarto del hotel Imperial y la había mantenido a raya hasta que los otros dos estuvieron en condiciones de reincorporarse a la acción. De estos dos, el que había recibido el golpe de toalla en el ojo se había quedado en el coche, pues el ojo se le había inflamado muchísimo y su aspecto resultaba demasiado espectacular.

Estos dos hombres habían estado mirando fijamente a Viktor mientras hablaban, y Rachel le había ido mirando cuando oía su voz. En todo momento le había visto sereno y tranquilo, atendiendo su herida del labio y limpiando la sangre seca junto a su golpeada nariz. Y de pronto, al oír el nombre de Kevilian, Viktor Karlov lanzó su mirada como si fuese un disparo hacia el sujeto que conversaba con él.

—¿Kevilian? —exclamó—. ¿Qué tiene que ver Igor con todo esto?

—¿Usted no lo sabe?

—Escuche, lo seguro es que no soy un idiota, de modo que deje de hablarme como si lo fuese. Hablemos claro. ¿Qué es lo que pasa, qué es lo que decía de Igor Kevilian y qué tiene que ver con esto?

—Yo soy quien controla la situación —gruñó el otro, haciendo ostentación de su pistola.

Viktor lo miró como si fuese un monito haciendo gracias vestido de marinerito. Movié la cabeza con un gesto de resignación.

—Muy bien —admitió—, usted controla la situación. ¿Y qué?

—¿Cuánto hace que no ve a Kevilian o tiene noticias suyas?

—Casi dos años y medio.

—¡Está mintiendo!

—Es usted un imbécil —dicho esto Viktor se quedó mirando amablemente, casi cariñosamente a Rachel Cowan—. ¿Te sientes mejor?

—Sí. Lamento que me hayan utilizado, Viktor, pero...

—Deja de pedir disculpas. Yo habría hecho lo mismo. Me pregunto si podría esperar de ti una información coherente que me permita conversar con este cretino que controla la situación.

El sujeto al que habían llamado cretino palideció ligeramente, apretó los labios y, dando un paso hacia Viktor, le golpeó con la pistola en un lado de la cabeza. Viktor Karlov soltó un gruñido, cayó de rodillas y acto seguido de manos, para parar el golpe de cara contra el suelo. Sacudió la cabeza y lanzó una mirada de lado al sujeto. Eso fue todo.

—Los dos van a venir con nosotros —dijo acremente el sujeto—. De modo que bajaremos tranquilamente, iremos al coche, y daremos un paseo. Ya sé que fue usted un gran «valiente», Karlov, pero créame: será mejor que se porte como un buen muchacho inofensivo, o su vida habrá terminado. ¿De acuerdo?

Viktor se puso en pie, se llevó la mano al lugar golpeado, y luego miró los dedos manchados de sangre. Se colocó una compresa sobre la herida, restañando la sangre hasta que pareció que dejaba de brotar. Por fin, se quedó mirando amablemente al sujeto.

—A fin de no cometer más errores como este de llamarle cretino, ¿cómo debo llamarle?

—Boris.

—Oh, Boris, ¿eh? Está bien, Boris, vamos a dar ese paseo.

## Capítulo IV

EL paseo terminó, casi una hora más tarde, en un chalé frente a la playa de Lido di Ostia, ante el cual se detuvo el automóvil en el que habían viajado los cinco. Los otros dos sujetos recibieron los nombres de Anton e Iván, lo que, como el de Boris, no resultaba nada original, pero cumplía su función. Iván, que era el del ojo inflamado, viajó en el asiento de atrás con Rachel y Viktor, pistola en mano. Condujo Anton, y Boris, a su lado, también pistola en mano, se pasó el viaje prácticamente vuelto hacia los prisioneros, vigilándolos, tras ordenarles que permaneciesen en silencio, y que fuesen ordenando sus ideas, pues iban a ser interrogados por alguien mejor que él.

Anton se apeó y abrió la portezuela izquierda de atrás, haciendo un gesto a Rachel, que había viajado en ese lado.

—Y espera que luego te pille por mi cuenta —dijo rencorosamente.

Rachel se apeó, y detrás lo hizo Viktor. Boris fue a abrir la puerta del chalé, entró en éste y tardó casi un minuto en salir, mientras Anton e Iván, pistolas en mano, amenazaban a Rachel y Viktor.

—Venga, entrad todos —gruñó Boris.

Éste fue en primer lugar, los dos prisioneros tras él, y Anton e Iván cerrando la marcha. Así entraron en el chalé y así llegaron al saloncito de éste, donde un hombre sentado en un sillón causó verdadera sorpresa e interés en Viktor y Rachel. El sujeto en cuestión vestía corrientemente, pero llevaba puesta una capucha con orificios para los ojos y usaba guantes. Debía estar pasándolo mal, pues la temperatura era estival.

—Le voy a hacer una oferta, Karlov —dijo el encapuchado, sin preámbulo alguno, fijos sus oscuros ojos en Viktor—, y si acepta y su intervención no ha sido todavía decisiva en el asunto les dejaré marchar vivos a usted y a la muchacha. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió Viktor.

—Siéntense —señaló el encapuchado el sofá colocado ante el sillón que él ocupaba—. Y hablemos de Igor Kevilian. ¿Debo creer que es cierto eso de que hace más de dos años que no lo ve?

—Debe creerlo —asintió Viktor.

—Pero deben haber estado en contacto de algún otro modo, ¿no?

—No, de ningún modo.

—Usted y Kevilian eran grandes amigos, compañeros en la KGB. ¿Y debo creerme que ambos presentaron su dimisión prácticamente al mismo tiempo y luego dejaron de verse, de relacionarse?

—Debe creerlo —dijo de nuevo Viktor.

—En resumen, usted no sabe nada de nada de Igor Kevilian, por ningún conducto, desde hace más de dos años.

—No sé cuántas veces tendré que decirlo —gruñó Viktor.

El encapuchado movió afirmativamente la cabeza, y su mirada pasó a Rachel, que le contemplaba inexpresivamente. La señaló con un dedo. Dijo:

—Ella no es americana, sino rusa.

—No diga tonterías —rechazó Viktor—. Se llama Rachel Cowan y es de la CIA, evidentemente, aunque a mí me lo haya estado negando. Parece como si toda la gente a mí alrededor se hubiera vuelto idiota, empezando por la CIA: ¿cómo podrían pensar que no iba a oler el aroma de espía de esta colega? Lo que no entiendo, francamente, es qué demonios quieren ustedes y la CIA de mí, pues todos saben que hace tiempo dejé la actividad.

—De usted no queremos nada: queremos lo que Igor Kevilian sacó de Rusia.

—¿Y qué sacó Igor de Rusia?

La mirada del encapuchado regresó a Rachel.

—¿Qué sacó Igor de Rusia, señorita Cowan? —preguntó.

—Lo ignoramos —murmuró Rachel—. Sabemos que es algo importante, porque hizo una oferta a uno de los nuestros a Berlín, pero no sabemos de qué se trata.

—Y naturalmente, ustedes también le han perdido el rastro a Igor Kevilian, y es por eso que, como nosotros, se han dedicado a vigilar a su buen amigo Viktor Karlov, a la espera de que Kevilian, de un modo u otro, hiciera contacto con él, o le llamara solicitando ayuda... en fin, cualquier cosa parecida.

—Sí. Pero nos impacientamos y recibí la orden de hacer contacto con Viktor, intimar con él, vigilarle más de cerca y completamente.

—¿Realmente esperaban engañar a un hombre como Karlov, aunque llevase tres años alejado de nuestro trabajo?

—Algo había que hacer —encogió los hombros Rachel.

—O sea, que es cierto que usted es americana.

—Sí. Y no comprendo cómo han podido llegar a pensar que soy rusa.

—Se nos ha ocurrido que podría ser una amiga de Igor Kevilian que le estuvo ayudando en Rusia, que escapó con él y que, en las actuales circunstancias, mientras él espera escondido en algún lugar seguro usted ha venido a traerle algo a Karlov.

—No es así.

—Bien... Bien, bien, bien...

Dicho esto, el encapuchado quedó inmóvil y silencioso, perdida la mirada, difusa. Evidentemente estaba pensando, sacando conclusiones... que no debieron gustarle, porque finalmente chascó la lengua con tono de disgusto y miró de nuevo a Viktor.

—Es una situación muy desagradable —murmuró—, porque no voy a tener más remedio que eliminarlos a ustedes, Karlov.

—Me gustaría saber por qué voy a morir —dijo Viktor.

—Y a mí también —dijo Rachel.

El encapuchado la miró.

—Me dicen mis hombres que es usted una mujer peligrosa, señorita Cowan.

—No pretenderá usted que una agente de la CIA, vaya por ahí sin saber

defenderse un mínimo —se sorprendió Rachel.

—Por supuesto. Pero usted es... sumamente eficaz. Yo diría que es una joven de alto nivel y estilo de vida. Podríamos hacer un pacto.

—¿Un pacto que me permitiría conservar la vida?

—Evidentemente. Si nos facilita información fidedigna sobre sólo una cuestión, estudiaremos su supervivencia. Y ésta es la información: ¿realmente no sabe la CIA lo que Kevilian ha sacado de Rusia?

—No, no lo sabe. Lo que sí sabe es que, en su fuga, Kevilian tuvo que matar a un agente de la KGB llamado Mihail Nekoroff. Eso es todo lo que sabemos... o al menos es todo lo que a mí me han dicho que sabemos. Pero claro, yo no soy nadie importante en la CIA, señor... señor...

—Sergei —rió el encapuchado—. ¡Vamos, no sea ingenua ahora! No esperaría que le dijera mi nombre, ¿verdad?

—No perdía nada probando —sonrió Rachel.

—Salvo el tiempo.

—Prefiero perder el tiempo haciendo preguntas tontas que aprovecharlo muriendo. Usted no es un profesional del espionaje, no es espía.

—¿No? ¿Qué soy?

—Creo que es militar.

El llamado Sergei se irguió vivamente y sus ojos destellaron. Iván, Anton y Boris miraron también como sobresaltados a Rachel, mientras Viktor le dirigía una mirada de reproche no poco hostil, y acto seguido una expresión de decepción aparecía en su rostro: ciertamente, un agente secreto que jugaba de modo tan torpe sus cartas no podía ser de gran categoría...

—¿Cómo se le ha podido ocurrir eso? —susurró por fin Sergei.

—No sé... Se me ha ocurrido, eso es todo. Intuición. ¿De modo que es cierto, usted es un militar ruso?

—¿No puedes tener cerrada la boca? —Gruñó Viktor—. ¿Qué esperas conseguir con esto, boba? Si tenías algunas esperanzas de salir con bien de este asunto ya puedes olvidarla.

—¿Tú también te has dado cuenta de que Sergei es militar? —Le miró Rachel.

Viktor soltó un bufido. ¡Si sería tonta aquella criatura! ¿A qué venía aquella provocación? Antes, cuando Sergei se consideraba en el anonimato total, quizá los hubiera dejado vivos. Pero ahora que sabía que ellos sabían que era un militar soviético sus vidas habían perdido todo valor.

De modo que Viktor Karlov decidió jugar su última carta.

—Tengo una oferta para usted, Sergei.

Éste le miró.

—Parece que todos tenemos ofertas. ¿Cuál es la suya, Karlov?

—Si entiendo bien, ustedes y la KGB están buscando a Igor, que escapó de Rusia con algo que interesa tanto a los militares como a la KGB. Conozco bien a Igor

Kevilian, y puedo asegurarles que ustedes no van a cazarlo. Los de la KGB, tal vez; pero no ustedes, métase esto en la cabeza.

—¿Y cuál es su oferta?

—Tal vez yo podría encontrar a Igor Kevilian.

—¿En Berlín? —preguntó burlonamente el encapuchado.

—Donde sea. Quizá pudo escapar de Berlín, quizá está en estos momentos acercándose a Roma, para pedirme ayuda. Es incluso posible que en estos momentos Igor me esté llamando a mi apartamento desde cualquier localidad cercana a Roma.

—No —rechazó Sergei—. Kevilian está herido y acorralado en Berlín. No podrá escapar de allí. Pero, ciertamente, encontrar a un hombre como él en una ciudad como Berlín no es precisamente fácil.

—Podría serlo para mí.

—¿Dónde cree que puede estar, dentro de Berlín?

—Bueno, no es así de fácil. Tendría que ir allá, hacer unas cuantas llamadas, consultas... No es tan fácil.

—Ya. O sea, que tendría que ir usted a Berlín.

—No hay otro modo. Y usted no perdería nada por ello. Mire, la chica americana y yo sabemos que es usted militar, de acuerdo. ¿Y qué? ¿Acaso la KGB, que está compitiendo con usted y supongo que otros militares en la búsqueda de lo que robó o consiguió Kevilian, no sabe ya que se está enfrentando nada menos que a los militares rusos o una parte de ellos?

—Sí —murmuró sombríamente el encapuchado—, la KGB sabe algo de todo esto, naturalmente.

—Por supuesto —remachó Viktor—. No en vano perdió a su hombre a manos de Igor, el tal Mihail Nekoroff. Así que la KGB y ustedes están buscando algo que Igor robó. Yo me inclino a creer que el perjuicio sería grande para usted y sus amigos de si la KGB encontrase a Kevilian, así que usted no tiene más remedio que encontrarlo antes y recuperar lo que Igor consiguió. ¿No es así?

—Es así —admitió de mala gana el encapuchado.

—Pues hagamos el trato definitivo: yo voy a Berlín a buscar a Igor, acompañado de la chica americana y...

—Nada de eso. La chica americana se queda aquí.

—No veo por qué. Ella podría ayudarme a pasar algunos controles...

—Déjese de tonterías, Karlov. Usted no necesita ayuda de nadie para estas cosas aunque lleve tres años dedicado a todas esas tonterías de los museos. Ella se queda. Y no insista, o creeré que además de gustarle por lo bien que sin duda lo ha pasado con ella en la cama incluso se ha enamorado de la americana.

—¡Qué tontería! —Se echó a reír Viktor.

—Sí, qué tontería —dijo irónicamente Sergei—. Veamos qué le parece esto: yo me quedo aquí con la chica americana y con Iván, que no está en condiciones de ir por ahí con ese ojo hinchado. Y usted y Anton y Boris se van a Berlín, encuentran a

Kevilian, le quitan lo que él robó y me lo traen. Luego, usted y la chica americana se van. Y tan amigos, aquí no ha pasado nada.

—De acuerdo. Pero tengo que llamar a un amigo de la embajada, para justificar mi ausencia.

—Sería una tontería que intentara algún truco, Karlov.

—Es una simple llamada advirtiéndole que estaré ausente de Roma cuatro o cinco días. Si no avisara es cuando las cosas se complicarían. Porque al parecer usted no ha previsto una cosa: la KGB, evidentemente, no está de mí por ahora, pero si desapareciese recordarían mi amistad con Igor, e inmediatamente tendría media docena de hombres interesándose por mí y mis movimientos actuales. No creo que tardasen mucho en localizarlo a usted, por muy encapuchado que vaya ahora.

—Está bien. Pero no se le ocurra mencionar que va a Berlín.

El encapuchado señaló el teléfono y Viktor se puso en pie y se acercó al aparato. Bajo la atenta mirada del encapuchado y los otros tres rusos hizo la llamada y estuvo hablando en ruso con un hombre llamado Andrei. La conversación se desarrolló en términos que merecieron la aprobación de Sergei, que así lo dijo cuándo Viktor terminó la conversación y colgó el auricular.

—Está bien, Karlov, creo que ha jugado limpio, al menos en esto. Y ahora hablemos de ese viaje a Berlín. ¿Cómo piensa trasladarse allá?

—Sólo podemos atender este asunto viajando en avión —se sorprendió Viktor—; de otro modo perderíamos demasiado tiempo, lo que no creo que sea inteligente en estas circunstancias. ¿Pueden viajar normalmente sus amigos?

Movió la cabeza hacia Boris y Anton, que no parecían precisamente felices con la perspectiva. Pero Sergei era el jefe, dijo que todos ellos podían viajar sin problema alguno y que, efectivamente, el tiempo era oro, por lo que cuanto antes emprendieran el viaje antes lo terminarían. Viktor dijo que tenía que pasar por su apartamento para recoger el pasaporte diplomático, a lo que tampoco pudo objetar nada Sergei, y tras algunos comentarios y puntualizaciones más, el encapuchado consideró conveniente una última advertencia:

—Tal vez se la haya pasado la conveniencia de atacar a Anton y Boris y escapar, Karlov. Y hasta es posible que pudiera conseguirlo, pero reflexiona sobre las consecuencias. En primer lugar, mataríamos a su guapa amiga americana. Y luego, aunque usted de momento escapase acabaríamos por encontrarle... Entonces todo sería más penoso para usted. ¿Me comprende?

Viktor le miraba. Encogió los hombros, se acercó a Rachel y le alzó el rostro tomándolo por la barbilla.

—Pórtate bien, chica americana —susurró—. Y sobre todo, cuídate mucho. Yo volveré muy pronto.

La besó en la boca y se dirigió hacia la puerta. Anton y Boris trotaron tras él. Se oyó a los pocos segundos la puerta de la casa al cerrarse y poco después el zumbido del motor del automóvil al ser puesto en marcha. Poco después, todo era de nuevo

silencio.

Los ojos del encapuchado Sergei se volvieron lentamente hacia la espía americana, que a su vez lo miró con suma atención, expectante.

—Nunca me gustaron los americanos —murmuró el encapuchado.

Rachel Cowan sonrió.

—Quizá está usted esperando que yo diga que a mí tampoco me han gustado nunca los rusos —dijo—, pero se equivoca. A decir verdad, los rusos me han gustado siempre... salvo unos pocos y en determinadas circunstancias.

—Yo, por ejemplo —rió Sergei—. ¿Verdad que yo no le gusto?

—No, no me gusta usted ni pizca. Pero no porque sea ruso y sea militar, eso no tiene nada que ver. Simplemente, usted apesta a canalla, camarada.

—Y usted apesta a muerto —volvió a reír el encapuchado—. ¡Mátala, Iván!

En el ojo sano del ruso Iván apareció una expresión de satánica satisfacción. Miró a Rachel mientras metía la mano bajo la chaqueta en busca de su pistola... Y mientras esto sucedía la pantera saltaba hacia él. Iván lanzó un grito, terminó de sacar a toda prisa la pistola provista de silenciador... y se encontró con la espía americana a un paso de él.

No tuvo tiempo ni de encarar la pistola hacia ella. Rachel asió con su mano izquierda la mano derecha de Iván, apartándola hacia el exterior, y con la derecha le descargó un golpe lateral justo en la sien, con el canto. Fue un *atemi* perfecto. Iván emitió un ronquido, su ojo sano mostró toda la córnea, y, al mismo tiempo, giraba sobre sí mismo, ya muerto y dejando la pistola entre los dedos de Rachel Cowan.

Ésta la asió por la parte superior del cañón, la hizo girar en el aire y la agarró por la culata, dejándose caer de rodillas... mientras tras ella oía el resoplido de alarma del encapuchado. Cuando quedó dando frente a éste, le vio ya con su propia pistola en la mano, apuntándola.

Plop, plop, plop, disparó la chica americana.

A cada ahogado estampido Sergei saltaba en su asiento como un muñeco recibiendo pelotazos. La pistola escapó de su mano, y finalmente él quedó sentado, con la cabeza echada hacia el respaldo y los desorbitados ojos fijos en el techo. En su pecho, prácticamente juntas, aparecieron enseguida tres pequeñas flores de sangre.

Rachel se acercó al encapuchado y estuvo unos segundos mirándolo. Por fin, le retiró la capucha. Lo primero que destacaba en el rostro de Sergei era la crispación en todos sus músculos, especialmente en el gesto de la boca, torcida rabiosamente hacia un lado; luego, destacaban sus pobladas cejas grisáceas y su gran nariz con una pequeña verruga a un lado.

La chica americana dejó la pistola sobre el sofá y procedió a registrar las ropas de Sergei. Ni siquiera pensó en hacer lo mismo con Iván, pues sabía perfectamente que, como en toda acción, el ruso iría indocumentado. Pero quizá Sergei fuese diferente, quizá Sergei fuese un personaje que estuviera oficialmente en Italia y llevara encima su propia documentación.



El éxito de la búsqueda sorprendió a la propia Rachel, que se quedó mirando incrédulamente el pasaporte soviético a nombre de Basili Ukonov. No constaba que éste fuese militar, sin embargo. Bueno, tenían el pasaporte, la fotografía de Basili Ukonov por tanto, y tenían el chalé. Partiendo de tantas cosas la investigación no resultaría demasiado difícil para acceder a los hombres, militares o no, que fuesen amigos de Ukonov y que últimamente estuvieran en relación con él...

La chica americana tenía un oído finísimo.

De modo que oyó el levísimo ruido que se produjo en el exterior, en alguna parte indeterminada.

La chica americana miró la pistola con silenciador que había dejado sobre el sofá.

Ni por un momento había creído Viktor Karlov que el encapuchado y sus hombres fuesen a jugar limpio con él. Y mucho menos con Rachel Cowan. A ella, simplemente, la iban a matar en cuanto dejara de ser útil. Y Rachel dejaba de ser útil cuando él se alejara, ya no servía para tenerla de cebo de compensación.

Si, sabía que querrían hacer eso: matarla a ella y dejarle a él que fuese a Berlín a buscar a Igor y, cuando lo hubiera encontrado, así como lo que Igor había robado o conseguido en Rusia, matarlo también a él.

Esto estaba tan lógico y tan claro en la mente del exagente de la KGB que no tuvo ni vacilaciones ni piedad. De modo que, apenas estuvieron fuera del alcance visual desde la casa, miró afablemente a Boris, que se había sentado a su lado en el asiento de atrás. Boris también lo miró y vio el gesto afable de Viktor por un momento. Enseguida, vio la realidad en las pupilas que parecían fotografiarle y el sobresalto que tuvo fue tremendo.

Ahí terminó todo prácticamente para Boris: recibió el zurdazo de Viktor en pleno estómago y el dolor fue tan horrible que todo su cuerpo experimentó una náusea mortal y quedó como paralizado. Veía y no veía. Junto a él, Viktor Karlov le asió por los cabellos con la mano derecha y la izquierda la utilizó ahora para quitarle la pistola de la funda axilar.

Al volante, Anton había oído el aliento agónico de su compañero y, al mirar por el retrovisor, lo vio con color de muerto, los ojos poco menos que fuera de las órbitas y la mano de Viktor Karlov sujetándole erguido por los cabellos. Simultáneamente, veía la otra mano de Viktor retirando la pistola de la funda de Boris y entonces sí, soltó un fuerte respingo, metió el pie en el freno, sacó rápidamente su pistola y se volvió...

Vio la boca del silenciador ante sus ojos, oyó el plop del disparo y, simultáneamente murió de un balazo que le voló media cabeza. Y eso fue todo para Anton.

Sentado atrás, entre brumas de vida y muerte, con ascos en todo el cuerpo y zumbidos en la cabeza, Boris vio morir a su compañero y eso le hizo reaccionar, sobreponiéndose a todas aquellas sensaciones nauseabundas y dolorosas. Consiguió

alzar los brazos y girar el torso, y sus grandes manos se engarfiaron en la garganta de Viktor Karlov. Éste miró a Boris, movió la cabeza como lamentando la torpeza y estupidez humana, y, colocando la boca del silenciador sobre el corazón de Boris, apretó el gatillo de la pistola de éste.

Boris emitió un bramido ahogado, saltó hacia atrás, dio de espalda contra la portezuela, y rebotó hacia Viktor, que lo desvió asqueado, de modo que el otro cayó arrugado entre los dos asientos, increíblemente retorcido, mostrando la insólita palidez de su rostro en la oscuridad. Un par de automóviles pasaron muy cerca de Viktor, por su izquierda. Anton había frenado de cualquier manera en la carretera, así que había que sacar el coche de allí.

Salió del asiento de atrás, empujó a Anton hacia el asiento de la derecha y se colocó él ante el volante. Metió el coche entre unos pinos poco después, lo detuvo y procedió a colocar en el maletero los cadáveres de los dos criminales profesionales de poca monta.

Luego, emprendió el regreso.

Dejó el coche a conveniente distancia del chalé, al cual llegó a pie, pistola en mano. Todo seguía igual, todo parecía normal y tranquilo. El exespía soviético estuvo unos segundos contemplando ceñudamente la casa. De pronto, sonrió y se encaminó tranquilamente hacia ésta. Empujó la puerta y de nuevo sonrió al encontrarla abierta. La empujó, entró y guardándose la pistola, dijo:

—Hey, chica americana, soy yo: Viktor Karlov.

La chica americana apareció ante él procedente del fondo del chalé. Llevaba puesto un delantal y portaba en la mano derecha una sartén.

—Estoy preparando algo para cenar: pasa, chico ruso.

Viktor cerró la puerta y dijo:

—Sabía que lo harías.

—¿Preparar la cena? —Alzó ella las cejas.

—No —rió él—: matar a Sergei e Iván. Sabía que te las arreglarías para hacerlo, pero quería asegurarme de que estabas bien.

—Estoy perfectamente. ¿Liquidaste a los tuyos?

—No tuve más remedio. No iba a dejar que me mataran ellos a mí después de encontrar a Igor, ¿verdad? Del mismo modo que tú sabías que pensaban matarme muy pronto.

—Sí —suspiró ella—. Cuando se juega con esta clase de gente hay que ir con mucho cuidado. Son pura escoria, no tienen ideas para resolver las situaciones, de modo que todo lo solucionan matando gente.

Viktor asintió, señalando la sartén.

—Eso huele muy bien.

—Podemos compartirlo —sonrió la espía americana, entornando los ojos—. Te doy la mitad de la cena que estoy preparando a cambio de una sola respuesta a una sola pregunta: ¿realmente crees que podrás encontrar a Igor Kevilian en Berlín?

—Sí, podré.

—Estás invitado a cenar.

—¿Y luego? —murmuró él.

—A café.

—No me refiero a eso. Me pregunto si vamos a salir hacia Berlín esta misma noche o mañana por la mañana, juntos o separados, como amigos o como enemigos... En fin, me gustaría pasar la noche contigo.

—¿Haciendo qué?

—Entre otras cosas, el amor.

—La verdad, no tengo una experiencia muy agradable contigo en ese sentido, Viktor. Es decir, fue delicioso... pero no me gustó el final.

—Esta noche podría ser diferente.

Ella estuvo mirándolo fijamente y en silencio durante no menos de veinte segundos. Por fin, muy seria, movió la cabeza y dijo:

—No. Y contestaré a tus preguntas: yo voy a salir hacia Berlín esta misma noche, sea como sea, después de pasar por mi hotel y dejar allá las cosas montadas de modo que nadie se alarme por mi ausencia ni me busque. Ya he tenido suficientes complicaciones. En cuanto a lo de ir juntos o separados, como amigos o como enemigos, pues... tú verás. A mí me gustaría que fuésemos juntos y como amigos y que me llevaras junto a Igor Kevilian, pero también puedo hacer las cosas sin tu ayuda.

—Con más dificultades y sobre todo, perdiendo más tiempo.

—Eso sí; pero las haría. Estoy segura de que conseguiré pasaje en algún vuelo nocturno Roma-Berlín para esta misma noche. Todo lo más, para mañana por la mañana, lo que significa que, lo más tarde, espero estar en Berlín al mediodía. Y una vez allí tú sabes que puedo complicarte la vida tanto como tú a mi: si aviso de que Viktor Karlov va a llegar a Berlín para hacer contacto con Igor Kevilian, que en efecto está allí, no darías un solo paso sin que la CIA me lo informase, estarías metido en una red de la que no podrías salir.

—De modo que la CIA, ¿eh? —Gruñó Karlov.

—¿Qué otra cosa esperabas? —sonrió la chica americana.

Viktor estuvo mirándola fijamente tanto rato que pareció que hubiese quedado petrificado. Por fin, encogió los hombros y dijo:

—Última oferta de Viktor Karlov: vamos juntos tú y yo a Berlín, pero en este asunto no se va a meter nadie más. Hagamos lo que hagamos, encontremos o no a Igor, no quiero que nadie más que nosotros intervenga en esto, al menor por el momento y directamente.

—De acuerdo. ¿Me ayudas a terminar de preparar la cena?

## Capítulo V

ERAN las once y veinte de la mañana cuando uno de los aviones de la Lufthansa, procedente de Bonn, aterrizaba en el aeropuerto berlinés de Tempelhof, al pie de Volkspark Hasenheide y junto a Platz der Luftbrücke. Entre el pasaje descendieron del aparato la señorita Rachel Cowan, americana, y el diplomático soviético Viktor Karlov, que habían viajado juntos todo el viaje, pero como si no se conocieran.

Las cosas no cambiaron al llegar a Tempelhof. Cada uno llegó por su lado, resolvió sus cosas por su lado, y, finalmente, Viktor Karlov con un portafolios y la señorita Cowan con un maletín, aparecieron en el vestíbulo del aeropuerto. La chica americana esperó a que el muchacho ruso la viera y se dirigió entonces a una de las *rent-a-cars* del aeropuerto, donde alquiló un Mercedes 220 S, sin problema alguno. Quince minutos más tarde, cuando salía ya del aeropuerto al volante del coche, Viktor Karlov apareció a la derecha haciendo la clásica señal del autoestopista. La chica americana sonrió, detuvo el coche y Viktor se sentó a su lado, mascullando:

—¡Vaya nohecita!

—Verdaderamente, no ha sido fácil combinar esos vuelos para estar aquí al mediodía —le miró ella sonriente—. ¡No me digas que estás cansado!

—Un poco. Hace tiempo que dejé este tipo de actividad neurótica... ¡Hace falta estar loco para ser un espía profesional!

—Seguramente tienes razón —asintió ella—. ¿Podrías decirme la verdad, Viktor, respecto a por qué dimitiste de la KGB?

Viktor Karlov pareció no haber oído, pero ella no insistió porque sabía que él la había oído perfectamente. Alcanzaron la Tempelhof Damm. Viktor suspiró y dijo:

—En cierto modo, Igor tuvo la culpa de que yo dimitiese.

—¿Tanta influencia tenía o tiene sobre ti?

—¿Influencia? —se sorprendió Viktor—. No, ninguna. Sucedió que él tuvo un serio tropiezo y decidió dimitir. Éramos y seguimos siendo muy buenos amigos y yo me puse a pensar... Si Igor había tenido aquel tropiezo, yo también podía tenerlo, ¿no es cierto?

—Todo puede ocurrirnos a todos —admitió Rachel.

—Eso pensé.

—¿Qué le ocurrió a Igor Kevilian? Puedes decírmelo confidencialmente: no lo informaré a la CIA si prefieres que no lo haga.

—Ni a la CIA ni a nadie —le miró entre divertido y colérico Viktor—. Sí, tal vez deba decírtelo a ti. Verás, Igor estaba enamorado de una muchacha de la Alemania Occidental...

—¿De la profesión?

—No, no. Era una chica que pasaba modelos en una tienda de modas en Hannover. Era muy bonita... muy bonita de verdad, de esas delgaditas pero con hermosos pechos y piernas largas. Igor estaba tan loco por ella que no me habría

sorprendido que hubiera dimitido por ella aunque no hubiera ocurrido nada.

—¿Qué ocurrió?

—Bueno, la utilizaron para tenderle una trampa a Igor. Estaba citado con ella en circunstancias un poco difíciles, pues Igor no podía verla siempre que quería; en cualquier caso, ella se las había arreglado para hacerle llegar un mensaje diciéndole que era urgente que se vieran.

—¿Eran amantes?

—Por supuesto. Hacían el amor como locos. Más de una vez encontré a Igor que no se tenía en pie. Nos lo tomábamos a risa, y él decía que si yo encontrase alguna vez una chica como Hilda también dejaría mi piel en los encuentros de amor. Ella también estaba loca por él...

—¿Te conocía ella a ti?

—Sí, claro. Bueno, sentimentalismo, tontos: Igor me la presentó en cierta ocasión. Ya me había enseriado fotografías de ella vestida y desnuda y cuando yo decía que estaba para meterle cien polvos seguidos se echaba a reír y decía que muchos más y que cuando la viese en persona me convencería de ello. Así que, finalmente, me la presentó, en Hannover. Era... una criatura preciosa, dulce, simpática y culta. Y miraba a Igor como si él fuese su propia vida. Recuerdo bien que tuve envidia de Igor, porque... sí, claro, no voy a decir que no he tenido mujeres hermosas, muchas de ellas incluso más que Hilda, pero ella era... especial, tan dulce, tan alegre, tan sexy y al mismo tiempo tan tierna y suave...

—Pero acabó tendiéndole una trampa a Kevilian, ¿no?

—No —se sorprendió de nuevo Viktor—. O yo no me he explicado bien o tú no me has entendido. No fue ella quien tendió la trampa a Igor, sino quienes la utilizaron a ella. La obligaron a citarse con Igor en determinado lugar y cuando Igor llegó allá se la encontró tendida en la cama, violada brutalmente y degollada...

—Santo Dios...

Viktor tragó saliva y se pasó la lengua por los labios.

—Había seis hombres cerrando la trampa contra Igor. Él los mató a los seis. Nunca ha podido explicarse cómo lo hizo, pero los mató y escapó de la trampa. Se pasó tres semanas borracho en su apartamento de Moscú, sin querer recibir a nadie, ni siquiera a mí. La KGB tuvo que mostrarse paciente con él, porque siempre había sido uno de los mejores agentes. Desde luego, se le recordó que una de las primeras lecciones que recibimos es la de no enamorarnos y menos fuera de Rusia, claro está. Bueno, finalmente hubo una entrevista entre Igor y unos cuantos jefes del Directorio, y aceptaron su dimisión. Estuvo seis meses sin relacionarse con nadie. Finalmente, un día me llamó y me preguntó si estaba todavía vivo. Le dije que sí y que también había presentado la dimisión. Se alegró muchísimo y me dijo: veo que has aprendido la lección, muchacho y es la que de mientras estuvieras en eso no podrías nunca amar ni ser amado; pero sobre todo, cualquier persona que se relacionase contigo estaría en perpetuo peligro de muerte, desde tu madre, hasta un niño que conversara contigo

casualmente en la calle. Le dije que tenía razón, que eso era lo que había pensado y que no me gustaba eso de que por mi culpa asesinen a otras personas.

—Pero no fue por eso por lo que dimitiste, ¿verdad?

—En parte, sí. Pero lo que realmente me decidió, tras mucho reflexionar, fue la convicción de que el espionaje es una estupidez y que el Arte y la Ciencia es mejor.

—De acuerdo contigo en eso, pero... ¿por qué llegaste a la conclusión de que el espionaje es una estupidez?

—¿Sabes por qué tendieron la trampa a Igor, por qué violaron y degollaron a Hilda...? Pues, porque siete u ocho semanas antes, en Estocolmo, Igor le había partido un brazo a un chino que andaba tras lo mismo que él. Igor le ganó la partida al chino y pudo matarlo. En lugar de matarlo y sólo para dejarlo fuera de juego, pues el chino era un cabezota, le partió un brazo. ¡Maldito sea, le partió un jodido brazo cuando tenía que haberlo matado y el hijo puta aquél contrató asesinos ajenos a la profesión para vengarse por un brazo, sin pensar que Igor le había regalado su maldita vida!

Rachel Cowan miró un instante a Viktor y lo vio realmente alterado por el recuerdo. No dijo nada. Durante un par de minutos los dos permanecieron en silencio. Por fin, Viktor murmuró:

—De modo que ya sabes por qué dejé esa mierda llamada espionaje: me convencí de que era un hombre normal y así es como vivo ahora. Pero ya ves que no es fácil que le dejen a uno en paz.

—Un espía es siempre un espía —murmuró Rachel.

—¿Qué?

—Son cosas que pasan. Seguramente, nadie se ha creído que dejaras realmente la profesión. Empezando por la CIA, naturalmente, así que es normal que me enviaran para hacer contacto contigo, con la intención de saber qué estás tramando y si tienes algo que ver con lo que hizo Kevilian en Rusia.

Viktor Karlov dirigió otra torva mirada a la chica americana y no contestó. Daba por descontado que era evidente que él no tenía nada que ver con lo que había hecho Igor Kevilian en Rusia. De nuevo se produjo un largo silencio entre ellos, mientras Rachel seguía conduciendo. Hasta que, de repente, Viktor la tocó en un brazo.

—Para. A partir de ahora conduciré yo.

—¿Acaso vamos a ir directamente al lugar donde esperas encontrar a Kevilian?

—Sí.

—Eso puede ser peligroso, en pleno día.

—Sí, pero tal vez Igor esté necesitando ayuda. ¿Puedo confiar en que eres lo bastante lista para darte cuenta de si alguien nos está siguiendo?

—Creo que sí me daré cuenta.

—Bien —la miraba hoscamente el ruso—. Bien, muy bien.

Estaban en la Postdaner Strasse y Viktor condujo hacia la Kemperplatz, tomando luego por Tiergartenstrasse, por la que continuó, siempre sin prisas. De repente, se

desvió hacia la izquierda, en una maniobra prohibida en las señalizaciones de circulación y se metió por calles más estrechas. Rachel Cowan conocía Berlín bastante bien, pero tardó muy poco en desorientarse. No dijo nada.

Ni dijo nada cuando, finalmente, Viktor frenó tras haber arrimado el coche a un bordillo y paró el motor. Volvió la cabeza hacia ella y sonrió ceñudamente.

—¿Nos ha seguido alguien?

—No.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—Bueno, entonces vamos a ver a Igor.

Así de simple. Salió del coche, y Rachel hizo lo mismo. Era una calle poco concurrida, tranquila. Rachel divisó tan sólo dos pequeños comercios que sin duda no eran los de más éxito en el Berlín Oeste. Un automóvil pasó por la calzada, silenciosamente, conducido por una mujer rubia. Viktor y Rachel la miraron, se miraron luego entre sí y terminaron por sonreír ambos. Una cosa era desconfiar y vigilar y otra ver fantasmas en todas partes.

Viktor tomó a Rachel por un hombro, y caminaron ambos hacia un edificio, en cuyo portal entraron, no sin que antes Rachel se hubiera fijado en el número, el treinta y dos. Viktor la condujo directamente hacia el fondo del vestíbulo solitario, pasando junto al tramo de escalones ascendentes. Un par de metros antes de llegar al fondo Viktor se detuvo, girando hacia la derecha y quedando frente a una pequeña puerta. La abrió, metió la mano y accionó un interruptor. Se encendió una luz dentro de un espacio reducido en el que estaban los contadores de la luz de todo el edificio.

A izquierda y derecha de los contadores había muro de ladrillo. Viktor empujó con una mano el de la izquierda. Pareció un movimiento vano por su parte, pero una segunda presión, un poco más fuerte, desplazó todo el pequeño muro de ladrillo hacia dentro, girando como una puerta. El ruso se volvió a mirar a la chica americana, sonriendo irónicamente, pero ella no mostraba ni sorpresa ni incredulidad.

—Rápido —murmuró Viktor.

Entraron los dos, tras apagar Viktor la luz de los contadores y cerrar la puerta que los ocultaba. Quedaron en total oscuridad, en un espacio reducidísimo del cual arrancaba un tramo de angostos escalones que Rachel había visto un instante.

—¿Dónde dirías que estás? —Sonó la pregunta de Viktor en la oscuridad.

—En uno de los muchos escondrijos que los judíos utilizaron durante la Segunda Guerra Mundial —replicó en el acto Rachel.

—Eres una listísima chica americana. ¿Tienes alguna luz?

—Sí.

—Pues enciéndela.

Rachel abrió su maletín y encontró a tientas el pequeño bolígrafo-linterna. Un delgado haz de luz pareció realmente perforar tinieblas macizas, esparciendo un suave resplandor que permitía ver perfectamente por dónde andaban. La escalera era

tan estrecha que solamente podía bajar una persona, y Viktor lo hizo en primer lugar, hasta llegar ante la oxidada y retorcida puerta metálica inclinada, que tenía cierto parecido con la escotilla de cierre de un submarino. Viktor asió con ambas manos el volante de mando y tiró de la puerta hacia arriba. Una siniestra luz amarillenta apareció por la rendija, como una cuchillada en la negrura húmeda.

Viktor terminó de alzar la puerta, dejándola apoyada. Ante él había un rectángulo de luz sucia y abajo, a poco menos de un metro, se veía el suelo sucio y cubierto de objetos rotos.

—Igor —llamó suavemente Viktor.

Pareció que una trampa engullera su voz. La entrada era justa para una persona y Viktor se descolgó por ella, quedando acuclillado ante la puerta, junto a la cual estaba el interruptor de la luz. Del techo bajo y asqueroso pendía una sola bombilla polvorienta que daba luces y sombras al habitáculo miserable.

Igor Kevilian estaba allí. Viktor lo vio enseguida, sentado en el lecho preparado con sacos y apoyado de espalda en la pared. Igor Kevilian parecía mirarlo apaciblemente, quietos los abiertos ojos. Es más, había en su boca, en sus ojos, en todo su rostro, una dulce sonrisa que había quedado congelada por la muerte.

Acuclillado en el repugnante lugar, Viktor Karlov se quedó inmóvil contemplando a su camarada muerto. No se oía nada allí dentro, el silencio era realmente sepulcral. Igor Kevilian tenía una mano apretada contra el cuerpo; una mano que parecía de barro sucio y agrietado; Viktor supo que era la sangre que había ido brotando de la herida y secándose sobre la mano como en sucesivas capas de pintura o barro. Ni siquiera se movió cuando Rachel se descolgó junto a él y, tras mirar a Kevilian, se acercó a éste, recorriendo la escasa distancia de apenas metro y medio.

Sólo reaccionó cuando, a los pocos segundos, a su mente llegó la comprensión de lo que estaba haciendo Rachel Cowan: estaba tocando a su camarada muerto. Parpadeó, se pasó la lengua por los labios, aspiró hondo.

—¿Qué estás haciendo? —susurró.

—Le estoy registrando.

—No lo toques.

—Viktor, puede que tenga encima lo que buscamos...

—¡Te digo que no lo toques!

—Escucha, lo han matado los de la KGB, no yo. Yo sólo quiero...

—¡Te mataré si lo tocas!

Rachel se quedó mirando a Viktor y por fin asintió y se sentó en el suelo, tranquilamente. Viktor Karlov volvió a suspirar, despacio, hondamente y fue a sentarse frente a su camarada cuyos ojos abiertos y risueños parecían empezar a cubrirse por una capa de polvo que era apenas como una neblina. Pasó un minuto, dos, cinco... Rachel miró al espía soviético.

—Viktor, no podemos quedarnos aquí tanto rato. Si tenían acorralado a Kevilian



quizá nos hayan visto llegar a la zona... y es más que posible que a ti te hayan reconocido.

Él la miró, parpadeó y asintió.

—Tienes razón —murmuró—. Tienes razón en todo.

Registró suavemente a Igor Kevilian, sin mover más que sus ropas, con tal cuidado que parecía que su camarada estuviera todavía vivo y cualquier movimiento brusco pudiera lastimarlo.

Encontró en sus bolsillos unos cuantos marcos alemanes, dólares, sellos de correos alemanes, dos sobres vados, pañuelo y su documentación, manchada de sangre. No había llaves, ni ninguna otra cosa que pudiera tener significado, al menos a simple vista. Encontró también un bolígrafo y un pequeño rollo de cinta transparente autoadhesiva, objetos éstos que se quedó mirando tan desconcertado como Rachel, que no se perdía uno solo de sus movimientos.

—Abre el maletín —pidió Viktor.

Rachel obedeció y él fue metiendo dentro todo lo que había encontrado en los bolsillos de Igor Kevilian, que continuaba sonriendo. Rachel contemplaba aquella sonrisa mientras Viktor colocaba las cosas de Kevilian en su maletín.

—Me gustaría saber por qué murió sonriendo —susurró Rachel—. Me gustaría mucho saber qué pensó o recordó.

Desvió la mirada hacia Viktor, que la contemplaba inexpresivamente. Viktor señaló el maletín, y ella lo cerró, mientras él miraba alrededor lo poco que había que mirar. Rachel miraba los zapatos de Kevilian, sucios, manchados de barro oscuro, como limo, que ahora parecía petrificado. Esto pareció darle qué pensar y al poco descubrió la trampilla.

—Viktor —la señaló.

—Ya sé eso —desdeñó él—. Pero deberíamos buscar muy bien aquí lo que Igor sacó de Rusia. Igor no era ningún imbécil, de modo que no perdería la vida en vano. Estoy seguro de que si buscamos...

—Ssst... ¡Calla!

Viktor Karlov permaneció en silencio. Rachel Cowan se acercó a la puerta metálica que ella misma había cerrado tras entrar allí y estuvo escuchando unos segundos antes de susurrar:

—Están bajando... Han tardado un poco en localizar la puerta de ladrillos en el cuarto de los contadores, quizá antes de buscar allí hayan buscado en los apartamentos del edificio... Nos vieron llegar, en efecto, y te reconocieron.

—Muy bien —la miró él de modo penetrante—: ¿qué piensas hacer tú?

—¿Yo? —se sorprendió ella—. ¿Qué crees que puedo hacer? Soy una agente americana y si me atrapan metida en esto lo menos malo que me ocurrirá será pasarme el resto de mi vida en Siberia. Jamás me canjearían, porque nunca podrían estar seguros de que no he llegado a conocer la verdad sobre Kevilian y lo que sacó de Rusia... Me has hecho una pregunta realmente curiosa, Viktor. ¿Qué puedo hacer?

—¿Estás dispuesta a escapar conmigo?

—¡Vaya pregunta! ¡Naturalmente!

—Podías optar por entregarme a la KGB.

—¿Estás loco? —Abrió mucho los ojos Rachel.

—No tengo ganas de discutir. Y mucho menos de hacer comedia. Así que muy bien, sigamos jugando el juego. Apaga la luz.

Señaló el interruptor junto a la puerta metálica. Rachel lo accionó y el sórdido habitáculo quedó a oscuras. Hubo unos segundos de silencio total, en el que destacaron entonces con nitidez algunos ruidos al otro lado de la puerta. Dentro del habitáculo, Rachel oyó varios sonidos metálicos y luego el sonido ambiente cambió y llegó allí como un resoplido de humedad.

—Ven —dijo Viktor.

Se acercó a él guiada por su voz. Justo en el momento en que su mano libre tocaba un brazo de él le llegó, de súbito, el desagradable olor de cloacas. Y justo también entonces oyeron sonidos en la puerta metálica, y enseguida unos golpes. Ambos sabían que llegaban varios hombres armados. Y ellos no tenían arma alguna, pues ni siquiera se les había ocurrido intentar pasar las armas conseguidas en Roma en los vuelos que habían tenido que tomar hasta llegar a Berlín.

Los golpes se repitieron. Luego, llegó una voz, en ruso, como procedente de otro mundo:

—¡Karlof! ¡Sabemos que está ahí! ¡Entréguese!

—Vamos —dijo Viktor—, tenemos que apresurarnos. No tardarán mucho en encontrar el modo de abrir esa puerta.

Rachel Cowan se deslizó hacia aquella siniestra oscuridad húmeda, maloliente y llena de ruidos desconocidos para ella.

## Capítulo VI

PRIMERO llegaron al canal superior y luego se deslizaron por la rampa hacia la zona inferior. Las ratas, siempre escasas, huían a la luz de la linterna de Rachel, que allí abajo parecía más intensa y esparcía más resplandor. Era increíble la iluminación que conseguían con tan pequeño artefacto. Sus pisadas resonaban de un modo lúgubre. No hablaban, ni para consultarse sobre el camino a seguir, porque estaba bien claro que el único que podía ofrecer alternativas allí abajo era Viktor Karlov, así que Rachel se limitaba a ir con él.

Por un momento habían oído tras ellos el sonido de pisadas y unas maldiciones, pero al poco les pareció oír pisadas por delante y a los pocos segundos las oyeron o creyeron oírlas procedentes de uno de los desvíos. Todavía mantuvo Rachel la esperanza de que todo fuese una jugada de algún extraño eco o de insólitas condiciones acústicas de las cloacas, pero Viktor la sacó de su engaño al poco, tras detenerse y escuchar unos segundos:

—Llevan todos radios de bolsillo y se están comunicando. Vienen detrás nuestro, pero también han entrado más hombres por otros accesos a las cloacas. Y precisamente al tener que llevar tu linterna encendida nos están localizando y acorralando.

Rachel apagó la linterna en el acto. Ahora sí, como perdidos en un mundo escalofriante, oían todos los rumores. Pisadas lejanas y cercanas, voces, resuellos, exclamaciones, rascar de uñas en el cemento húmedo, deslizarse de líquidos, olores nauseabundos. Las palabras, siempre escasas, eran en ruso, y consistían en indicaciones sobre el modo de ir cerrando el cerco en torno a los fugitivos. Seguramente, otros hombres se habían quedado con Kevilian, el hombre que los había burlado y al que finalmente habían encontrado, aunque ya de nada les sirviera.

Sí, habían estado por allí, habían visto llegar a Viktor Karlov, le habían dejado moverse mientras montaban la trampa alrededor del edificio en el que le habían visto entrar y ahora todo estaba funcionando para cazar al exespía y a la chica americana...

Frente a ellos resonaron unas pisadas fuertes, y Rachel y Viktor supieron que dos hombres caminaban hacia ellos. El resplandor de una luz amarilla pasó sobre el cemento y sobre las aguas. Las pisadas se fueron amortiguando y finalmente se perdieron.

—Esos hombres no son de la KGB —susurró Viktor.

—No, no lo son —aceptó enseguida Rachel.

—Entonces... tienen que ser del mismo grupo que Roma.

—Es lo más probable. Francamente, yo creo que la KGB habría hecho las cosas mejor, la trampa habría funcionado de tal modo que no estaríamos aquí abajo sueltos y con posibilidades de escapar. Y digo esto porque supongo que tú conoces el camino para entrar y salir de estos laberintos.

—Claro. Igual que los conocía Igor. Pero ahora tenemos que quedarnos aquí, no

podemos desplazarnos.

—Está bien.

Se quedaron quietos y silenciosos... Seguían oyendo los diferentes rumores a su alrededor. La luz de una linterna apareció y desapareció. Luego, aparecieron dos linternas y se oyeron fuertemente los zapatazos de dos hombres corriendo junto a las sucias aguas.

Y esta vez no se desviaron, no se desorientaron. Viktor y Rachel no veían a los hombres; sólo veían a las luces acercándose y oían sus pisadas recias y algo torpes, y algún que otro resbalón.

En el mismo momento en que las pisadas se detuvieron los dos fugitivos comprendieron que habían sido vistos. Las luces apuntaban hacia ellos, y la voz sonó como un trallazo de mil ecos en las cloacas:

—¡Están aquí!

—¡Se escapan! —gritó el otro al captar el movimiento de Rachel y Viktor—. ¡Quietos! ¡Deténganse o disparamos!

La chica americana y el exespía soviético corrían ya, y no hicieron el menor caso a la orden de detención. Detrás de ellos sonó el trallazo de un disparo efectuado sin silenciador que pareció romper todos los silencios del mundo. Enseguida una maldición y dos disparos, pero ahora efectuados con silenciador. Los ecos de los disparos, en diferente escala, se esparcían por todos lados. Con los oídos todavía silbando por el recuerdo de las balas pasadas cerca de sus cabezas, Rachel y Viktor corrían en la oscuridad apenas diluida por las luces que llegaban desde atrás. Pasaron junto al túnel de desagüe general de un edificio y Viktor se metió dentro tirando de una mano de Rachel, dejando completamente despejada la acerca del canal general. Las pisadas se oían, llegaban las luces.

¡Cloc, cloc, cloc, cloc, cloc, cloc...!, resonaban las pisadas fuertemente. Viktor se colocó en la abertura, iluminado ahora por el resplandor de la cercana linterna, pero fuera del alcance visual de los perseguidores. Uno de ellos pasó por delante del hueco, linterna en mano, dejando como un rayo deslumbrante tras él; el otro iba pisándole los talones, y, ciertamente, lo que menos esperaba es lo que sucedió.

Ya se sabe que el espionaje es un juego de imprevistos.

Y muy imprevisto fue para aquel hombre que la silueta de Viktor Karlov se interpusiera de pronto entre él y su compañero. La sorpresa fue tal que el hombre no tuvo la menor posibilidad de reacción. Fue a caer en los brazos de Viktor, que le agarró por la muñeca derecha desviando el arma y le hundió el puño derecha en el estómago de un modo sencilla mente bestial. El hombre no pudo ni gemir. Quedó transido de dolor, sin respiración, como si de pronto todo su sistema físico hubiera dejado de funcionar. Como si se tratase de un muñeco, Viktor tiró de él hacia el interior del hueco, mientras Rachel retiraba rápidamente la pistola de la mano del sujeto y salía a la acerca del canal general.

Más adelante, el hombre de la linterna comprendió que algo estaba ocurriendo

tras él y se volvía en aquel momento, mascullando:

—Eristow, ¿qué...?

La chica americana quedó cazada de lleno en el haz de luz, deslumbrada y de lleno en la línea de tiro del perseguidor. Era una cuestión de reflejos, de rapidez en resolver cuestiones de pura y simple supervivencia. Y la chica americana fue mucho más rápida que el adversario ruso: extendió el brazo y disparó hacia la luz un poco a la derecha y un par de palmos por encima. Más parecieron dos cañonazos que dos disparos de pistola. La linterna saltó hacia el techo del canal, se oyó el sonido de la pistola del ruso sobre la acera de cemento, la linterna cayó en las aguas y desapareció dejando un bonito y grotesco juego de luces que fue arrastrado por la corriente. Se oyó entonces el impacto del cuerpo del hombre contra el suelo.

Parecía que se oían voces en todas partes, pero Rachel oyó naturalmente mucho mejor la de Viktor diciendo:

—¡Ven por aquí!

—No —rechazó ella—. Voy a por su pistola, que lleva silenciador.

—¡Maldita sea tu estampa! ¡Te digo que vengas aquí!

Rachel desoyó la orden y caminó por la acera hasta que calculó que estaba cerca de donde se había derrumbado el ruso. Lo tocó un par de segundos después y, tras otros cálculos y después de tantear el suelo, encontró la pistola provista de silenciador... siempre atento el oído, que captaba la llegada de más personal. Empujó el cadáver del ruso al canal, sumergiéndolo y regresó en busca de Viktor, tanteando la pared hasta encontrar el hueco. La linterna sumergida, todavía encendida, seguía alejándose, era realmente increíble y fascinante ver su luz bajo las aguas...

Y de pronto, se apagó.

Rachel entró en el hueco y dijo:

—Soy yo, tengo las dos pistolas.

—Sube por la rampa —le llegó la voz de Viktor desde más arriba.

La rampa en cuestión debía tener una inclinación no inferior a los cuarenta grados y no fue demasiado fácil subir por ella. Rachel había perdido un zapato, así que no tuvo inconveniente de desprenderse del otro, que tiró al canal y, tras intentar la escalada descalza pero sin ayuda de las manos, que sostenían el maletín y las pistolas, desistió, metió las pistolas dentro del maletín y se colgó éste de un mechón de cabellos que anudó en la pequeña asa. Entonces, a cuatro manos, ascendió por la rampa hasta que la mano de Viktor acudió a su encuentro y la empujó.

Se encontró sentada en duro cemento y sin ver absolutamente nada.

—No te muevas de ahí pase lo que pase —dijo Viktor.

Rachel cruzó las piernas y se relajó. No veía nada, nada, nada... Los ruidos seguían produciéndose. Frente a sus rodillas hubo un rumor de agua y comprendió que descendía del edificio bajo el cual se hallaban. Alguien había pulsado el botón de la cisterna de un retrete y el agua y los excrementos se deslizaban por la rampa hacia el canal general.

Y abajo, en el canal general, comenzaron a aparecer luces y a producirse sonidos, que rebotaban en todas partes y parecían reproducirse; era como estar dentro de una gigantesca campana de ecos.

De repente, llegaron los hombres que se detuvieron al pie de la rampa. Las luces de dos linternas llegaron desde allí, agresivas, delatorias. Pasaron por delante de Rachel Cowan e iluminaron la salida de residuos del edificio. Frente a Rachel, sentado como ella en aquella especie de nicho que los dejaba fuera de la línea visual de los hombres de abajo, estaba Viktor, al que vio perfectamente como abrazando al ruso golpeado, cerrándole la boca con una potencia inclemente. El hombre parecía un muñeco roto en manos de Viktor, cuya fuerza física era increíble.

La luz estuvo allá arriba apenas un par de segundos, tiempo suficiente para que Rachel viese el rostro de Viktor y los ojos desorbitados de su prisionero. Cuando se retiró, la oscuridad pareció más densa y terrible que antes. Abajo se oyeron voces, pisadas... Frente a Rachel hubo un rumor, se oyó un golpe y un gemido, y eso fue todo. En silencio, Rachel desató el mechón de cabellos del asa del maletín, abrió éste y sacó las pistolas.

—Viktor —susurró.

—¿Qué pasa ahora? ¿No puedes estar callada?

—Claro que sí. ¿Quieres una pistola?

—Bastante trabajo tengo con controlar a este sujeto. Encárgate tú de las armas, si algo ocurre.

—De acuerdo.

Los minutos fueron pasando. Ya no se oían ruidos de ninguna clase. Rachel creía saber ya lo ocurrido: los perseguidores habían llevado a cabo una batida general por las cloacas y, al no ver a Viktor Karlov ni a su acompañante, habían llegado a una conclusión que no era ni mucho menos descabellada: Viktor Karlov conocía muy bien aquel escondrijo donde había sido hallado muerto Igor Kevilian, de modo que tenía que saber perfectamente cómo escapar de él... del mismo modo que habrían escapado Dios sabía cuántos judíos cuarenta años antes.

Es decir, que seguramente daban por perdido a Viktor Karlov y se iban a dedicar a Kevilian, registrándolo y registrando meticulosamente el lugar donde había muerto.

Varias veces había oído los golpes con los que Viktor iba atontando a su prisionero y por fin oyó su voz:

—¿Tienes ahí cordeles o algo con lo que poder atar a este tipo?

—Tengo esparadrapo.

—Servirá. Enciende tu linterna.

Rachel la encendió, la colocó sobre el maletín tras sacar de éste el esparadrapo y pasó al otro lado, ayudando a Viktor a atar al prisionero, cuya nariz sangraba. El hombre estaba de nuevo desvanecido, pero se recuperó apenas un par de minutos más tarde. A la luz de la diminuta linterna se vieron sus ojos fijándose desorbitados en Viktor Karlov, quien, sin más explicaciones ni consideraciones agarró dos dedos de

su mano izquierda y los partió como si fuesen cerillas. El prisionero lanzó un aullido y quiso moverse, pero el puñetazo de Viktor en el hígado lo dejó sin resuello.

—Escúchame bien —dijo el agregado cultural soviético en Roma—: me gustaría hacerte pedazos para ir tirándolos a las ratas que los están esperando ahí abajo, pero me privaré de ese placer si tú me proporcionas otro. ¿Me has entendido?

El hombre consiguió recuperar la respiración, y movió la cabeza negativamente, jadeando un «No» apenas audible.

—¿No? —Alzó las cejas Viktor—. Bueno, te lo diré más claramente: para mí sería un placer que tú me facilitaras información, así que entonces no tendría demasiada mala leche. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí... Sí.

—Te explicaré en qué consiste mi mala leche: tengo intenciones de arrancarte las orejas, los ojos, la lengua y los cojones y dejarte metido en esta cloaca, con las piernas rotas, a ver qué clase de diversión encuentras. Todo eso, si no me facilitas información. Si me la facilitas, las cosas te irán muchísimo mejor. ¿Alguna pregunta?

El hombre no respondió. Era un tipo fuerte, pero vulgar y miraba a Viktor Karlov como si éste, de pronto, se hubiera convertido en un monstruo gigantesco y terrible.

—¿Conoces al sujeto que dirigía el grupo de Roma, el llamado Basili Ukonov?

—No... No, no.

—¿Y al que dirigía el asunto aquí, en Berlín?

El hombre no contestó. Se vio claramente su titubeo. Miró a Rachel y luego a Viktor, el cual sonrió con gesto entre divertido e incrédulo. El prisionero volvió a mirar a Rachel, y no supo qué le pareció más peligroso, más glacial: si la sonrisa de Viktor Karlov o la mirada de los azules ojos femeninos. En cualquier caso supo elegir lo mejor para él, porque masculló:

—Sí, sé quién está al mando aquí, en Berlín.

—¿Quién?

—Dmitri Senimef.

—Muy bien. ¿Y sabes de quién recibe órdenes Senimef?

—No.

—¿Qué es Senimef? ¿Militar?

El asombro, el desconcierto, apareció con espontaneidad y sinceridad en los ojos del prisionero. Enseguida gruñó:

—Claro que no.

—¿De la KGB, quizá?

—No —gruñó de nuevo el prisionero.

—¿Pues qué es Senimef, qué sois todos vosotros?

—Bueno... Hacemos cosas que otros no se atreven a hacer o no pueden hacer. Nos pagan bien por ello.

Viktor apretó un instante los labios.

—¿Fue Dmitri Senimef quien acorraló y dirigió la persecución y caza de Igor

Kevilian? —preguntó.

—Claro.

—¿Quién le disparó a Kevilian?

—El propio Senimef.

—¿Dónde se aloja en Berlín? ¿En alguna vivienda privada?

—No... Está en el hotel Bauer, con el nombre de Karl Stiebach. Ya hace días que se alojó allí, y estábamos pensando en levantar el campo, cuando aparecieron ustedes.

—¿A quién conocíais? ¿A ella o a mí?

—A ti, naturalmente.

—Si no sois militares, ni sois de la KGB, ¿cómo disponíais de recursos para enteraros de quién soy yo, y qué recursos son esos?

—Sólo sé que Senimef recibió información al respecto. Llegó una fotografía tuya y una nota advirtiéndome que quizá Kevilian recibiese ayuda por tu parte, de un modo u otro, aunque la idea era tenerte controlado en Roma, por si Kevilian conseguía escapar y aparecer por allí para pedirte ayuda.

—De todos modos está claro que sabíais que Kevilian y yo éramos buenos amigos, ¿no es así? ¿Quién os informó de todo esto?

—No lo sé.

—Es fácil de comprender —intervino Rachel en la conversación interrogatorio—: Ukonov no puede ser el único militar que intervenga en esto, hay más, y tienen acceso a informaciones procedentes de la KGB. Incluso es posible que Mihail Nekoroff, el agente de la KGB que mató Kevilian, fuese uno de esos agentes que les proporciona información. Y deben tener más, que al escapar Kevilian informaron a Ukonov y su grupo de todo lo referente a él... sin pasar por alto la existencia en Roma de su querido amigo Viktor Karlov.

—Me parece perfecto todo lo que has dicho, y lo acepto —dijo Viktor, sarcástico—, pero creí que no entendías el ruso.

—Oh —sonrió la chica americana.

—Eso digo yo: ¡oh! Te interesaba tanto esta conversación que se te ha olvidado fingir que no entiendes el ruso. Porque resulta que nuestro prisionero y yo hemos estado hablando en ruso, ¿sabes?

—Bueno, la verdad es que sé un poco de ruso —admitió Rachel.

—Un poco. Ya. ¿Y alemán? ¿Sabes un poco de alemán?

—También, sí, un poquito.

—Un poquito —hizo un gesto de asentimiento Viktor—. Estupendo. Bueno, un poquito de aquí y un poquito de allí a lo mejor hacen los suficientes poquitos para que puedas ir por el mundo haciéndote entender en cuatro o cinco idiomas, ¿no?

—Siete —sonrió de nuevo Rachel.

—Hablemos en serio: ¿podrías hablar en alemán lo bastante bien para no llamar la atención como extranjera en cualquier hotel?

—A decir verdad hablo el alemán perfectamente —asintió Rachel.



—Me lo figuraba. De lo que no estoy muy seguro es de tu valor... Y se me ocurre un procedimiento para convencerme de que tienes los cojones bien puestos.

—De eso no tengo, ni bien ni mal puestos —rechazó un tanto secamente la chica americana—; pero en cuanto a valor, ni tú ni cien como tú han de darme lecciones.

—Entonces voy a hacerte una oferta, chica lista americana: tú me ayudas a mí a vengar a Igor y yo te entrego a ti lo que él sacó de Rusia.

—No puedes entregarme una cosa que no tienes —se quedó mirándolo fijamente Rachel.

—Mi oferta es buena y sincera.

—No lo dudo. Pero si no tienes lo que Kevilian...

—Tómalo o déjalo. Tú me ayudas, yo te ayudo.

—¿Cómo podría yo ayudarte?

—Haciendo lo que yo te diga. Y te lo advierto: si aceptas te la vas a jugar, chica lista americana.

—Pero me entregarás lo que Igor Kevilian sacó de Rusia.

—Sí.

—De acuerdo, entonces. Acepto.

## Capítulo VII

—¿SERÍA tan amable de avisar a *Herr Stiebach* de que voy a subir a hablar con él? Dígale que está aquí *Frau Lebnitz*.

El conserje movió la cabeza negativamente.

—*Herr Stiebach* no se halla en el hotel en estos momentos.

—Oh —se lamentó *Frau Lebnitz*—. ¿Sabe usted si tardará mucho?

—No podría decírselo. Es imprevisible.

—Pues lo cierto es que anoche me citó aquí a esta hora, así que me sorprende su ausencia... Seguramente no tardará en venir. ¿Le molesta que lo espere sentada allá?

—*Frau Lebnitz* señaló el grupo de sillones en un rincón del vestíbulo del hotel Bauer.

—Por supuesto que no.

*Frau Lebnitz* sonrió, y se dirigió hacia la salita de espera, seguida por la mirada más bien indiferente del conserje. Conocía sobradamente aquel tipo de mujerona alemana para sentir el menor interés por ella: alta, maciza, rubia, con lentes de gruesos cristales, sería como una momia... pero eso sí, efficacísima como secretaria de confianza.

Sentada en un sillón, *Frau Lebnitz* miraba ahora al conserje con una apenas esbozada sonrisita irónica en sus mal pintados labios. El juego es el juego. Ella sabía disfrazarse, pero no sabía cómo era Karl Stiebach. Así que lo mejor era ir a esperarlo al hotel, y cuando el conserje enviase un hombre hacia ella, o tan sólo la señalase mientras hablase con él, ése sería el tal Karl Stiebach. La única duda estaba en si Stiebach regresaría pronto al hotel, según lo previsto, para recoger sus cosas y apresurarse a desaparecer de Berlín sabiendo que un hombre tan peligroso como Viktor Karlov andaba suelto, o se entretendría ya fuese con el cadáver e Igor Kevilian o en otras actividades que quizá resultasen muy interesantes...

No.

Karl Stiebach no se dedicaba a actividades interesantes, porque tardó apenas veinte minutos en aparecer en el hotel. *Frau Lebnitz* vio entrar al hombre alto, atlético, de unos treinta y cinco años y cara hosca y gestos apresurados, y estuvo segura de que aquél era su hombre, pero no se movió, quiso asegurarse.

El hombre llegó a la conserjería y pidió su llave. El conserje se la entregó, y acto seguido señaló a *Frau Lebnitz* y murmuró unas palabras. Karl Stiebach se volvió, escrutó a la mujerona rubia, titubeó, y finalmente se dirigió hacia ella. Se detuvo delante.

—¿Pregunta usted por mí? —murmuró—. Soy Karl Stiebach.

*Frau Lebnitz* sonrió y dijo en perfecto ruso:

—Claro que no. Usted es Dmitri Senimef. A mí puede llamarme Paulo va. Es un bonito nombre, ¿no está de acuerdo, camarada Dmitri?

Senimef-Stiebach había palidecido. Su mirada se desplazó velozmente en todas direcciones. Cuando volvió a mirar a Paulova ésta seguía sonriendo, pero había en

sus ojos una expresión helada que Senimef podía ver muy bien.

—¿Es usted de la KGB? —susurró Senimef.

—Por supuesto.

—Me lo temía. —Senimef suspiró, y se sentó frente a Paulova—. Sabía que tarde o temprano ustedes alcanzarían esta parte de la pista. Supongo que estaban cerca del lugar donde hemos encontrado a Kevilian.

—Así es. En estos momentos, todos sus hombres están bajo control, especialmente uno de ellos, que ha sido tan... amable de decirnos dónde encontrarlo a usted. Naturalmente, no estoy sola aquí, así que tan sólo con que usted intente algo contra mí, dese por muerto, camarada Senimef.

—Ya sé, ya sé... —Senimef miró furtivamente de nuevo alrededor; era más que evidente su miedo a la KGB—. Podemos conversar.

—Eso estamos haciendo... —asintió irónicamente Paulova—. ¿Qué ha pasado exactamente con Igor Kevilian?

—Lo hemos encontrado muerto. Apareció Viktor Karlov con una mujer joven y entró en un edificio con ella. Tardamos un poco en encontrar el camino hacia un extraño sótano que a su vez comunica con las cloacas. Kevilian estaba allí. Karlov y su acompañante escaparon por las cloacas. Habían recogido todo lo que Kevilian llevaba en los bolsillos, de modo que se llevaron las listas. Por lo tanto, ahora a quien tenemos que perseguir para recuperarlas es a Viktor Karlov.

—¿A qué listas se refiere usted?

—¿Usted no lo sabe? —La miró con súbita desconfianza Senimef.

—No, no lo sé. Lo que yo sé es que Igor Kevilian mató a uno de mis camaradas de servicio, Mihail Nekoroff. Si hay algo más, ciertamente mis superiores no me lo han notificado.

—Claro. Sí, es lógico. Bueno, Mihail Nekoroff trabajaba para nosotros, en realidad. Él fue quien se dio cuenta de que Igor Kevilian había conseguido las listas y fue a matarlo. Kevilian anduvo más listo y fue él quien mató a Nekoroff. ¿Ustedes no sabían que Nekoroff estaba traicionando a la KGB trabajando para nosotros?

—No, no lo sabíamos. Al menos no lo sabía yo. Bueno, Kevilian se llevó finalmente esas listas, después de matar a Nekoroff. Y salió de Rusia porque comprendió que no sólo la KGB, por haber matado a Nekoroff, lo iba a perseguir, sino que también lo harían ustedes, que estaban recibiendo información de agentes traidores de la KGB como Nekoroff. Esto está entendido. Ahora hablemos de esas listas y de quiénes son ustedes, a quiénes se refiere cuando dice «nosotros». Empecemos por las listas. Supongo que son listas de nombres.

—Sí, claro.

—¿Qué clase de nombres? ¿A qué se dedican las personas relacionadas con esas listas?

—Son soldados soviéticos.

—Soldados soviéticos... —Parpadeó Paulova—. ¿Todo esto se ha organizado por

unas listas de soldados soviéticos? ¿Simplemente soldados, no oficiales o jefes corrientes o de Alto Estado Mayor...?

—Simplemente soldados, que yo sepa.

—De acuerdo. ¿Y qué ocurre con esos soldados, por qué son importantes esas listas?

—Eso no lo sé. De verdad. Me dijeron que debía recuperar las listas y me indicaron qué contenían, pero no me dijeron qué significan.

—¿De dónde sacó Igor Kevilian esas listas?

—Las robó a un coronel del Ejército Rojo en Gorlovka.

—¿Cuál es el nombre de ese coronel?

—El coronel Ukonov. No recuerdo el nombre.

—¿Basili Ukonov?

—Sí, Basili, eso es... Sí. ¿Cómo lo sabe usted?

—Digamos que el coronel Ukonov ha sido ya... debidamente controlado. Él cometió el error de trasladarse a Roma secretamente para dirigir la vigilancia de Viktor Karlov. ¿Entiendo que el coronel Ukonov y usted forman parte del mismo grupo?

—Sí. No nos conocíamos personalmente, pero sí. Mi cometido consistía en disponer siempre de hombres adecuados para resolver emergencias; preferiblemente rusos, pero si no, daba lo mismo.

—Yo he dado un nombre alemán en la conserjería, y no vamos a desmentir que usted también es alemán —dijo Paulova—, de modo que seguiremos con la farsa, pues cuanto menos se mencione a Rusia por aquí mejor. Espero que comprenda esto perfectamente, Senimef. Y ahora, hablemos de su grupo, de esas personas a las que usted se refiere cuando dice «nosotros». ¿Quiénes son «nosotros»?

—Bueno, gente como el coronel Ukonov y como yo.

—¿Cómo usted? ¿Quiere decir que también es militar?

—Lo fui. Pero me licencié para atender estas necesidades de nuestro grupo.

—¿A qué se dedica ese grupo?

—Usted debe creer que yo soy alguien suficientemente importante como para saber todo eso, y no es así. Ya le estoy diciendo que obedezco órdenes del grupo, no crea que soy uno de los jefes.

—¿Conoce a alguno de ellos?

Dmitri Senimef titubeó de nuevo y por fin masculló:

—Sí, claro. Bueno, no sé si son los de más categoría, pero conozco algunos. Alguien ha de darme las órdenes, ¿no?

—Desde luego. Bueno, sigamos trabajando con naturalidad, como si yo estuviese recibiendo instrucciones tuyas... Escríbame los nombres de esos jefes a los que usted conoce.

—¿Hay necesidad de escribirlos? —Gruñó Senimef—. Con decírselos ya sería suficiente, ¿no le parece?

—Prefiero que esos nombres no sean pronunciados. Escríbalos.

—No tengo con qué escribirlos.

*Frau Lebnitz*, es decir, *Paulova*, es decir, *Rachel Cowan*, colocó sobre sus rodillas el maletín y alzó la tapa, arreglándoselas de modo que *Dmitri Senimef* pudiera ver perfectamente la pistola con silenciador que tenía a su fácil alcance. Sacó un pequeño bloc con un diminuto bolígrafo de oro en el lomo y lo tendió al ruso. Éste lo aceptó en silencio, con gesto hosco, y procedió a escribir unos cuantos nombres. Devolvió el bloc. *Paulova* miró la relación de cinco nombres, asintió, arrancó la hoja y, tras doblarla, la introdujo en su escote. Guardó el bloc y dijo:

—*Igor Kevilian* mató a *Mihail Nekoroff*, un compañero en activo de la KGB y aunque ahora sé que *Nekoroff* era un traidor, el hecho cierto es que un agente de la KGB fue agredido y muerto, y eso tiene que ser sancionado debidamente; no podemos dejar correr la voz de que alguien que mata a un agente de la KGB sobrevive a su acto. Es bien cierto que ya podemos decir que *Kevilian* ha muerto, pero lo cierto también es que no ha sido vengado directamente por la KGB, sino que lo mató otra persona.

—¿Qué más da? —murmuró *Senimef*.

—No, no es lo mismo. ¿Es cierto que lo mató usted?

—¿Por qué lo pregunta? —La miró alarmado *Senimef*.

—Porque podríamos hacer un trato que le reportaría a usted alguna ventaja: si lo mató usted, pero no menciona esto y permite que digamos que la KGB fue quien cazó y mató a *Igor Kevilian* se ganará una buena parte de nuestras simpatías. ¿Lo mató usted?

—Sí —sonrió *Senimef*—, pero si me ha de beneficiar en algo dejar que ustedes carguen con esa muerte, por mí encantado.

—De acuerdo. Ahora salgamos de aquí. No se preocupe por su equipaje, su cuenta del hotel, ni nada de eso. Ya volverá a solucionar esa parte. Ahora venga conmigo.

—¿Adónde?

—Quiero que repita todo esto ante mi jefe en Berlín, para que no quepa la menor duda en el futuro respecto a mi actuación y mi informe.

—¿Qué quiere decir?

—Que corren malos vientos por la KGB y no quiero que esos vientos me alcancen a mí de ninguna manera. Eso aparte, camarada *Senimef*, usted habrá comprendido que hace ya rato es prisionero de la KGB. ¿O no lo había comprendido todavía?

—Sí... Claro —palideció de nuevo *Senimef*.

—Entonces no hagamos cosas espectaculares en Berlín. Si usted se resiste a venir conmigo, mis compañeros, que me están apoyando y que no le pierden de vista, tendrán que intervenir. Y si ellos intervienen quizá las cosas se compliquen para todos... pero especialmente para usted. Bueno, quiero decir que puede elegir entre

venir conmigo o quedarse en ese sillón con un par de balas en la nuca. ¿Qué prefiere?

La pregunta era, claro está, pura retórica. Senimef sabía que en las manos de la KGB no lo iba a pasar bien, ni mucho menos. Pero puesto que estaba dispuesto a colaborar a fin de salvar su pellejo y su integridad física, la alternativa era simple: nada peor que un par de balas en la nuca podía ocurrirle por acompañar a Paulova.

De modo que, simplemente, se puso en pie.

Paulova lo miró de abajo arriba, se puso bien los lentes, sonrió y se puso también en pie.

—Vamos a salir juntos de aquí, como buenos amigos —dijo suavemente—. Cuando estemos en la calle yo iré hacia la izquierda y usted hacia la derecha. A unos veinticinco metros verá estacionado un Mercedes color bronce. Diríjase directo a él y ocupe el asiento de atrás. Al volante hay un hombre que se encargará de llevarlo a su destino. ¿Entendido?

—Sí.

—Bien. Hasta luego, entonces. Aunque no nos despedamos todavía... Salgamos juntos.

Se dirigieron hacia la salida cruzando el vestíbulo ocupado por bastantes personas, ninguna de las cuales parecía prestarles la menor atención. Pero Dmitri Senimef sabía que la KGB vigilaba siempre estrechamente, sabía que cualquiera de aquellas personas podía ser una de las encargadas de matarlo allí mismo si se oponía a las instrucciones de Paulova...

Miró de reojo a ésta. Era muy alta, casi tanto como él y tenía un caminar elegante y felino que no correspondía a su aspecto de matrona. De repente, Senimef tuvo la sospecha de que *Frau Lebnitz* era más delgada y más joven de lo que parecía, y hasta se le ocurrió la idea de que además de lentes de gruesos cristales que sin duda debían molestarla porque quizá no era miope ni mucho menos, llevaba también lentillas de contacto... Salieron a la calle en aquel momento y *Frau Lebnitz* le miró fugazmente.

—Hasta la vista, Senimef.

—Sí, bien.

Ella se alejó hacia la izquierda y él se encaminó hacia su derecha. Vio muy pronto el Mercedes en cuestión. Sentía en la espalda y sobre todo en la nuca, la sensación de mil miradas que lo estaban vigilando, perforando. Sentía sobre sí mil deseos de matarlo al menor movimiento sospechoso que hiciera.

De buena gana Dmitri Senimef habría echado a correr pasando de largo junto al Mercedes, pero sabía desde siempre que una de las cosas con las que no se pueden jugar en Rusia es la KGB. Así que, con la esperanza de que su colaboración tan voluntariosamente manifestada fuese un atenuante que cuando menos le permitiese conservar la vida, se acercó al Mercedes, abrió la portezuela derecha de atrás y ocupó el asiento.

—Me envía Paulova... —murmuró en ruso—. Soy Dmitri Senimef.

El hombre que estaba sentado ante el volante del automóvil se volvió y, su mirada

gris, fría como acero congelado, se posó en los ojos de Dmitri Senimef. Éste palideció una vez más, y tuvo la sensación de que dos descargas de hielo penetraban en su cuerpo, paralizándolo. Todo lo que pudo hacer fue contemplar aquel rostro atractivo y viril, la boca plegada en un gesto duro, las relucientes melenas rubias de poeta. Enseguida, por delante del rostro de Viktor Karlov, apareció la pistola provista de silenciador.

Plop, plop, plop, chascaron suavemente los tres disparos.

Una tras otra, las tres balas penetraron en el corazón de Dmitri Senimef, ocasionándole tres saltos, tres convulsiones, tres fuertes estremecimientos impacto tras impacto. Quedó sentado un instante, con los ojos fuera de las órbitas, el rostro crispado en una mueca de miedo, dolor y rabia. En su pecho, la sangre apareció empapando la ropa.

Y de pronto, Senimef se relajó, pareció romperse todo él, desarticularse, arrugarse, desinflarse, y se deslizó por el asiento hacia delante, quedando trágicamente retorcido entre el asiento de atrás y los de delante.

Viktor Karlov se guardó la pistola, salió del Mercedes robado dejando las llaves puestas y quedó junto al vehículo. Un Opel se acercó a él y se detuvo. Karlov abrió la portezuela derecha y se sentó junto a la conductora, la muy voluminosa y miope *Frau Leibnitz*... que ya no llevaba ni lentes. El Opel arrancó de nuevo y se perdió pronto entre el tráfico berlinés.

Viktor Karlov tardó casi un minuto en mirar a *Frau Leibnitz* y murmurar:

—Gracias.

—Te aseguro que ha sido un placer.

—Sea como sea, gracias.

Ella encogió los hombros, sacó del escote la hojita del bloc y se la tendió:

—¿Conoces a alguno de estos hombres? —preguntó.

Viktor tomó la hoja, leyó los nombres y quedó pensativo, perdida la mirada hacia el frente. Paulova volvió la cabeza hacia él y Viktor, al percibir su gesto, la miró y asintió.

—Conozco a uno de ellos —murmuró—: el general Jurev Mikelov.

—Pues al igual que los demás forma parte del grupo de las listas.

—¿Qué listas?

—La de soldados soviéticos. Según Senimef todo esto tiene como origen unas listas de soldados soviéticos.

Mientras conducía, Rachel Cowan explicó a Viktor lo mismo que a ella le había explicado Dmitri Senimef. Viktor la escuchó en silencio, y en silencio permaneció cuando ella terminó. Tanto duró su silencio que Rachel terminó por mirarle mosqueada.

—Bueno —dijo—, creo que he cumplido mi trato contigo, de modo que espero que me entregues esas listas. Dijiste que tenías lo que Kevilian había sacado de Rusia, y lo que sacó fueron esas listas de soldados soviéticos. Las quiero, Viktor.

—Me pregunto —dijo él mirándola lentamente— qué haría con unas simples listas de soldados soviéticos una chica lista americana.

—Entregarlas a la CIA. Habría hecho mi trabajo, eso es todo.

—¿Y no te gustaría... obtener un triunfo resonante en esa maravillosa carrera de espía que estás llevando?

—¿Qué clase de triunfo resonante? —Pasó por alto la ironía ella.

—Supongamos que te entrego esas listas. ¿De qué os servirían, si no sabéis qué significan? ¿No te gustaría saber qué significan, por qué Igor se jugó la vida por ellas, por qué el coronel Ukonov salió disparado de Rusia a Roma para hacer de fantasmón encapuchado, y qué pinta un general ruso en el asunto? ¿No te gustaría saber todo esto?

—Sí, naturalmente. Pero no creo que tú estés dispuesto a decírmelo, así que me conformaré con las listas.

—Veamos... La chica lista americana consigue las listas de soldados soviéticos y, como además tiene una memoria de elefante, informará de los cinco nombres de la lista facilitada por Dmitri Senimef. La CIA tardaría sólo unas pocas horas en saber más cosas que yo de estos cinco personajes. Y hasta cabe la posibilidad de que les enviase un recadito advirtiéndoles que la KGB anda tras las listas y que quizá consiga la pista de ellos, igual que la ha conseguido la CIA. Todo esto, y dando por sentado que tú seas de la CIA... ¿te parece lógico y razonable?

—Desde luego.

—Muy bien. Perfecto. Ahora yo te ofrezco una acción directa y personal tuya, un éxito privado, una promoción fabulosa dentro de la CIA. ¿Vas a rechazar mi oferta y te vas a quedar con el diminuto éxito de informar que lo que sacó de Rusia Kevilian fue unas listas de soldados rusos, o prefieres aceptar mi oferta y dentro de poca entregar a la CIA un informe completísimo de todo el asunto?

Rachel Cowan vio un hueco entre dos automóviles, estacionó el que conducía y que debían ya abandonar ambos y se quedó mirando a Viktor.

—¿Qué es lo que quieres ahora de mí? —susurró.

—De nuevo tu ayuda. Tengo algo que hacer, y no quiero que nadie interfiera en ello. Y digo nadie.

—¿Qué es lo que has de hacer?

—Eso sólo te lo voy a decir si aceptas ayudarme. Una ayuda muy sencilla, por otro lado: simplemente, sigue consiguiendo que pueda moverme a mi antojo, que nadie me moleste. Sé que puedes hacerlo.

—¿No me estás supervalorando?

—No. Si lo has hecho hasta ahora puedes seguir haciéndolo. Y por si no te decides a confiar en mi, puedes acompañarme.

—¿Adónde?

—¿Qué te parece Atenas?

—¿Qué hay en Atenas? —se sorprendió realmente Rachel Cowan.



—De modo que he conseguido intrigarte... —sonrió Karlov—. Bueno, si quieres saber que hay en Atenas puedes venir conmigo. Me apostaría la nariz a que puedes conseguir cualquier documentación necesaria y suficiente para trasladarte a cualquier lugar del mundo en cualquier momento... ¿A qué sí, chica lista americana?

—Te acompañaré a Atenas —casi rió la chica americana.

## Capítulo VIII

RIGUROSAMENTE de incógnito y tras dos enlaces aéreos velocísimos de desorientación, el general Jurev Mikelov llegó, finalmente, al aeropuerto ateniense de Ellinikon a bordo de uno de los aviones de la Olympic. Utilizando el pasaporte especial falso que en otras ocasiones había utilizado para cosas que nada tenían que ver con la actual, fue admitido sin más complicaciones y, por fin, Mikelov, que por todo equipaje llevaba una pequeña maleta, apareció en el vestíbulo del aeropuerto, donde esperaba encontrarse con el coronel Ukonov, al que habían dado por desaparecido pocos días antes.

Había llegado al punto de que no entendía nada de nada. Eso sí, sabía que las cosas se habían puesto tan mal que valía la pena hacer cualquier cosa que pudiera enderezarlas, como por ejemplo, ir a Atenas. Sabía que en Roma había perdido todo contacto, que en Berlín había sido hallado Igor Kevilian, pero no las listas y sabía que, aunque de momento la KGB no parecía haber conseguido un rastro importante terminaría por conseguirlo, pues todo estaba saliendo mal, desde la desaparición de Basili Ukonov en Roma al hallazgo del cadáver de Dmitri Senimef en Berlín dentro de un automóvil primero robado y luego abandonado. Estaban pasando tantas cosas desconcertantes pero siempre inquietantes, que tenía que aferrarse a cualquier esperanza de encauzarlas de nuevo a su conveniencia.

Y el telegrama de Ukonov era, en aquel momento, su única esperanza. Lo había recibido en Sebastopol, donde tenía su casa de verano y decía:

DENTRO DE CUARENTA Y OCHO HORAS EN ELLINIKON.

ASUNTO LISTAS URGENTÍSIMO. UKONOV.

Pero Ukonov no estaba a la vista en el vestíbulo del aeropuerto, y el general Mikelov comenzó a sentir un vago malestar en el estómago. Claro que lo razonable era esperar, pero le parecía de mal augurio que no fuese Basili quien le estuviese esperando a él. Si él le había citado...

—¿General Mikelov?

Éste respingó y se quedó mirando a la mujer que le había interpelado, alta, rubia, gruesa, con lentes de gruesos cristales. Por un momento incluso pensó en simular que ni siquiera la había entendido, pero comprendió que era una tontería por su parte.

—Sí... —murmuró—. Soy yo.

—Me llamo Paulova. Tenga la bondad de seguirme, general: la persona que le envió el telegrama le está esperando.

Mikelov aspiró hondo. Bueno, menos mal: Ukonov era quien había enviado a Paulova, la cual, sin duda, trabajaba para él fuera de Rusia... La rubia y maciza Paulova le miraba expectante y Mikelov asintió y se emparejó con ella, caminando ambos hacia la salida del edificio del aeropuerto. Apenas habían salido, un automóvil se detuvo delante de ellos y Paulova lo señaló. Fueron hacia él y Paulova abrió la portezuela derecha de atrás, haciendo señas a Mikelov para que entrase. En el

momento en que Mikelov entraba en el coche el conductor de éste se apeaba, abría la portezuela izquierda de atrás, y se sentaba allí casi al mismo tiempo que Mikelov, que quedó lívido al ver junto a él el rostro de Viktor Karlov.

—Buenos días, camarada general. Gracias por venir.

Jurev Mikelov no podía reaccionar. Se sentía como petrificado. Se dio cuenta de que Paulova se colocaba ante el volante, pero no reaccionó. La enorme Paulova arrancó. Jurev Mikelov consiguió, finalmente, tragar saliva, y acto seguido susurrar:

—Karlov...

—Es amable por su parte el recordarme —dijo Viktor.

—Pero... ¿qué significa esto?

—Le ruego que me perdone las molestias, pero quería tener una entrevista privada con usted. El coronel Ukonov está muerto. Yo tuve la idea de enviarle un telegrama firmado con su nombre. Está de por medio todo ese asunto de las listas de soldados soviéticos y quisiera que usted me lo aclarase.

—¿Tiene usted las listas? —exclamó Mikelov.

—Sí.

—¿Me las va a devolver?

—Tal vez. Pero en cualquier caso será siempre después de que usted me haya informado qué significan.

—No sé cómo interpretar su tono, Karlov. Se diría que está olvidando que se dirige a un general del Ejército ruso, y que usted, como diplomático en el extranjero...

—¿Sabe usted todo eso de mí? Me sorprende, pues no soy tan importante como para que un general se interese por mí.

—Bueno, he oído comentarios, así que...

—Camarada general, voy a rogarle que se deje de fingimientos: sé perfectamente que usted forma parte del grupo que dirige todo este asunto de las listas de soldados soviéticos. Es más, conociéndole como le conozco de antiguo, no me sorprendería que fuese usted el jefe de ese grupo que, hasta donde yo sé, consta de cinco hombres principales, además del ya fallecido Basili Ukonov. En cualquier caso, para mí es usted el jefe, así que conversemos en ese supuesto. ¿Qué significa todo ese asunto de las listas de soldados?

—Usted no tiene derecho a interrogarme.

—No estoy muy seguro de eso —frunció el ceño Viktor—. Pero sí lo está usted, de acuerdo. Para, Paulova: el camarada general va a apearse.

Habían salido ya a la carretera que, bordeando la playa, iba hacia Atenas por un lado y hacia Glifáda por otro. La dirección que había tomado Paulova era la segunda, es decir, opuesta a la de Atenas. A la derecha del automóvil se veía el mar azulgris refulgente de sol, que parecía fuego en el cielo despejado. Paulova detuvo el coche en el arcén y se volvió a mirar con divertida curiosidad a Jurev Mikelov, cuyo desconcierto era total.

—¿Puedo marcharme? —susurró.

—Naturalmente, camarada general —dijo Viktor—. No seré yo quien se atreva a retenerle.

—¡Pero usted me ha hecho venir a Grecia usando un nombre falso!

—Mi intención era conversar seriamente con usted, pero si no lo desea, no quiero forzarle. Adiós, camarada general... Ya nos veremos en Moscú.

—¿En Moscú? —Casi gritó Mikelov.

—Por supuesto. Apenas me despida de usted pienso emprender viaje a Moscú, para entregar las listas de soldados soviéticos con las que usted y otros militares de alto rango están relacionados, pero sobre los cuales no ha querido darme explicaciones a mí. Estoy seguro de que las dará a nuestros camaradas de Moscú.

Paulova había salido del coche y mantenía abierta la portezuela del lado del general. Éste se pasó un pañuelo por la frente, miró a la mujerona rubia y aulló:

—¡Cierre esa puerta y vuelva a su sitio!

—¿No se apea, camarada general? —preguntó Paulova, inclinándose para mirarlo.

Mikelov le lanzó una mirada furiosa y abrió la boca para proferir, posiblemente, algún insulto o amenaza, pero la expresión de los ojos de Paulova, que se había quitado las gafas de miope, lo dejó helado. Se quedó silencioso, pasándose de nuevo el pañuelo por la frente. Paulova regresó ante el volante y reanudó la marcha, lentamente, como si estuviera gozando de un paseo junto al mar.

Y fue ella la que habló, sorprendiendo a Mikelov:

—Naturalmente, los soldados soviéticos relacionados en las listas que Igor Kevilian consiguió son de los que están o han estado combatiendo en Afganistán, ¿no es así?

—¿Por qué supone eso?

—Porque no le veo sentido alguno a que un hombre como Kevilian escape de Rusia con la lista de soldados de una guarnición cualquiera de cualquier ciudad. Y donde en estos momentos está Rusia metida en un conflicto es en Afganistán.

—¡No se pase de lista!

—No se pasa —dijo Viktor—: sencillamente, lo es. ¿O no?

—Está bien, sí, son soldados de los que están o han estado en Afganistán... —admitió Mikelov—. ¿Y qué?

—Eso, usted nos lo dirá: ¿y qué? ¿Qué pasa con esos soldados?

—La mayoría deben haber muerto —intervino de nuevo Paulova, sin dejar de conducir atentamente—, pero aun así, eso no tiene demasiado interés. El interés tiene que estar en algo insólito. Busquemos algo insólito en unas listas de soldados vivos o ya extintos. ¿Qué se le ocurre a usted, camarada general?

—¿Qué se le ocurre a usted, que es tan lista? —exclamó Mikelov.

—Se me ocurren muchas cosas, pero una básica: los nombres que están en esas listas no son los que tendrían que estar.

Jurev Mikelov quedó lívido y mudo. Paulova le dirigió una mirada por el retrovisor y luego se volvió un momento para mirar a Viktor.

—Te lo dije —murmuró—: eso es lo que han hecho, Viktor.

—Deja que él lo diga —murmuró también Karlov.

—¿Quién es ella? —jadeó Mikelov, mirando a Viktor pero moviendo la cabeza hacia Paulova.

—¿Y eso qué importa?

—Escuchen... Comprendo lo que ha ocurrido, lo sé. Subestimamos a Kevilian y también a usted, Karlov. Y usted ha conseguido esas listas, ha destrozado nuestro grupo, lo sabe ya prácticamente todo... De acuerdo. Pero podemos llegar a un acuerdo, ¿no es así?

Viktor frunció el ceño y abrió la boca con un gesto más que evidentemente agrio, pero Paulova se adelantó a cualquier expresión suya, diciendo:

—Ahora se pone usted en razón, camarada general. ¿Qué nos ofrece a cambio de nuestro silencio y nuestro olvido respecto a Igor Kevilian?

—Llegaremos a un acuerdo —aseguró Mikelov.

—Eso es muy satisfactorio —se adaptó Viktor a la estrategia de Paulova—. Pero antes queremos saber bien todo el asunto, a fin de asegurarnos de que disponemos de un arma para frenar en el futuro sus más que posibles deseos de eliminarnos. Camarada general: queremos saberlo todo y bien, y no menos de un millón de rublos para los dos. ¿Está de acuerdo con esto?

—Sí, sí, pero no hay necesidad de que ustedes sepan tanto.

—O todo o nada —movió la cabeza Viktor.

—Está bien... De todos modos, entre ustedes dos, a poco que profundizasen en el asunto, lo comprenderían todo. Las listas que Kevilian consiguió corresponden a soldados que murieron por otros en Rusia. En esas listas constan sus nombres y unidades de combate y una simple comprobación sería suficiente para darse cuenta de que a Afganistán fueron quienes no debían ir.

—Es decir, que fueron unos soldados en lugar de otros. ¿Por qué?

—Bueno... Los que no fueron pagaron por ello.

Los ojos de Viktor Karlov parecían ahora paralizados en su rostro pétreo.

—Los que no fueron pagaron por ello —repitió.

—Sí. Esto lo organizamos sólo unos cuantos militares que podíamos realizar todos los manejos necesarios. Luego, hombres como Basili Ukonov hacían la parte directa, esto es, hacían las proposiciones a las familias de los soldados que debían ir a Afganistán: a cambio de una sustanciosa cantidad, esos muchachos podían librarse de ir allá, y otros menos afortunados irían en su lugar. Las familias, naturalmente, hacían lo imposible por conseguir la cantidad que se les exigía... y se les sigue exigiendo, y sus hijos se libran de ir a esa estúpida guerra...

—¿Conoce usted alguna guerra que no sea estúpida? —preguntó Paulova.

—No sé, pero ésta la es especialmente, por mucho que el Kremlin se esfuerce en

convencer al pueblo ruso de que esa guerra en Afganistán es vital para Rusia, que tiene que impedir a toda costa que se establezca un régimen imperialista en nuestras fronteras, como sucedería en Afganistán. Todo es una estupidez y algunos de nosotros nos aprovechamos de ello.

Paulova detuvo de nuevo el coche y se volvió a mirar a Mikelov, apoyando la barbilla en el respaldo del asiento. Parecía fascinada. Viktor estaba demudado.

Y Jurev Mikelov tardó todavía unos segundos en darse cuenta de que algo extraño estaba sucediendo. Miró a uno y otra un par de veces antes de murmurar:

—¿Qué... qué ocurre?

—Nos tiene usted fascinados, camarada general —dijo Paulova—. ¿No es cierto, Viktor?

—Hijoputa asqueroso —jadeó Karlov—. Estás escarneciendo a Rusia, estás ridiculizando y despreciando la muerte de cientos o miles de jóvenes soldados y preguntas qué ocurre. Te diré lo que ocurre: te voy a arrancar la cabeza con mis manos y te...

—Tranquilízate, Viktor —pidió Paulova.

—¿Que me tranquilice? —Los ojos de Viktor casi salían de las órbitas—. ¡Este criminal está enviando a la muerte a muchachos rusos que ahora tendrían que estar vivos! Porque si ya es criminal enviar a esos jóvenes a una muerte indiscutiblemente estúpida, más criminal es manipular con sus vidas por partida doble, más criminal es retirar del peligro a los que de un modo u otro pueden pagar y enviar a los que nada pueden ofrecer a cambio de sus vidas... Si morir en guerra es siempre cruel y estúpido, imagínate lo que ha de ser morir por otro sólo porque uno no tiene dinero y el otro sí... Piensa en las madres que quizá se han arruinado para salvar a sus hijos de ir a la guerra, y piensa en las que nada han podido ofrecer y ahora lloran las muertes de sus hijos... ¡Malditas sean tus entrañas mil veces, puerco!

La pistola con silenciador apareció en la diestra de Viktor Karlov. Jurev Mikelov la vio, vio por encima del arma los ojos del agregado cultural soviético en la embajada romana y en el mismo instante en que veía en los grises ojos la furia homicida recibía entre las cejas el tremendo impacto de la bala disparada a menos de medio metro. Un impacto realmente brutal, que hizo crujir la frente, la astilló y provocó una explosión en la parte de atrás del cráneo que se llevó prácticamente toda la masa encefálica del general Mikelov, repartiéndola por todo el coche, salpicando incluso a Paulova y al propio Viktor.

El camarada general fue empujado violentamente contra la ventanilla, rebotó y Viktor desvió su trayectoria hacia él con un golpe de pistola que lo hundió entre los asientos. Inmediatamente, apuntó con el arma a Paulova, que no se había movido ni tan siquiera cuando la había salpicado la masa encefálica de Mikelov.

—¡Y tú quieta dónde estás! —gritó Viktor.

—Ya estoy quieta —susurró ella.

La pistola quedó a menos de treinta centímetros de su rostro. En los ojos de

Viktor Karlov, el amable diplomático, había ahora como un infierno de furia terrible, sus facciones no parecían las mismas del simpático y atractivo caballero que había recogido libros y libretas de una atolondrada muchacha que salía tras él de un museo...

—¿Con quién crees que estás jugando? —jadeó Viktor—. ¿Quién te has creído que eres y qué te has creído que soy yo?

—Sé muy bien con quién estoy jugando y que yo no soy nada a tu lado —dijo suavemente Paulova—. Pero recibí unas órdenes de la CIA y simplemente las cumplo... igual que harías tú si hubieras recibido órdenes de la KGB.

—Maldita sea tu estampa... ¡Qué mierda de CIA ni qué mierda de nada...!

—Te estás excitando demasiado —sonrió la chica americana.

—¡Al demonio contigo y con la CIA! ¡Tú eres tan americana como yo, maldita sea! Te he estado siguiendo la broma de mala gana, pero en ningún momento me he creído que eres americana; desde el primer momento he sabido que eres rusa y que trabajas para nuestra amada KGB que un maldito rayo parta de una puta vez... Tal vez sea cierto que la CIA está rondando cerca de nosotros, pero no se han atrevido a hurgar demasiado en este asunto interno ruso. En cambio, la KGB no podía dejar de intervenir cerca de Viktor Karlov, pues ella mejor que nadie sabe la amistad que me unía a Igor. Así que me envían a una estúpida recién graduada en Kichino a ver si Karlov se ha atontado con estos tres años de inactividad en la profesión más mierdosa del mundo. ¡Pues no me he atontado y en ningún momento me has engañado, ni siquiera cuando jugaste el sexo conmigo en tu maldito hotel! ¿Te enteras?

—¿Me golpeaste porque creíste que estaba fingiendo placer? —Abrió mucho los ojos Paulova.

—¿Acaso no era así?

—Desde luego que no. En los días que llevaba observándote antes de entrar en contacto me había enamorado locamente de ti.

—¡Locamente! —bufó Viktor—. ¡Vete al infierno!

—Te estoy diciendo la verdad, pero comprendo que no quieras creerme. Así que de acuerdo, hablemos como espías, como buenos profesionales: en efecto, soy de la KGB y te vigilaba a ti porque eras amigo de Kevilian, al que hemos estado considerando un traidor. Naturalmente, presentaré mi informe sobre la verdad de lo sucedido y buscaremos a los verdaderos traidores dentro de la KGB, así como a los militares que han organizado todo esto de los soldados que han ido a morir por otros. Todo esto sufrirá una adecuada limpieza, Viktor. Y será gracias a Igor Kevilian y las listas que consiguió en Rusia de alguno de esos militares corruptos. Así lo haré constar... ¿No es eso lo que tú querías, rehabilitar el nombre de tu amigo Igor?

—¿De qué estás hablando? —Palideció Karlov.

—¿Por qué te crees que la KGB nos ha dejado movernos como si estuviésemos solos en el mundo? Yo se lo pedí a mi jefe de grupo. Sabía que tú querías terminar el trabajo de tu amigo Igor y te hemos dado todas las facilidades, desde la de viajar por

Europa hasta la de hacer venir a Grecia a Jurev Mikelov. Además, ¿para qué complicarnos la vida en Rusia deteniendo al general Mikelov si tú te las ibas a arreglar para hacerlo salir y ajustarle las cuentas discretamente?

—¡Eres una maldita zorra!

—Soy una espía, como lo fuiste tú... como lo serás siempre por muy agregado cultural que pretendas ser. Cada cual hemos hecho nuestro juego y cada cual recibirá su merecido. Gracias por tu ayuda, Viktor... y feliz regreso a Roma.

—¿Crees que todo ha terminado? Pues escucha esto: quien tiene las listas de soldados soy yo.

—No —murmuró Paulova—. Las tenemos nosotros. Igor Kevilian tenía lodo de las cloacas en los zapatos y en los bolsillos le encontramos sobres, sellos, un bolígrafo, cinta autoadhesiva para cerrar mejor un sobre... Tú y yo comprendimos que Kevilian había salido de aquel escondrijo utilizando el camino de las cloacas; había salido el tiempo justo para enviar las listas dentro de un sobre a alguien. ¿A quién? Pues, a su querido amigo Viktor Karlov, en Roma. Luego, herido, volvió a esconderse y posiblemente ni se dio cuenta de que se estaba muriendo mientras pensaba algo agradable... quizá en su amada Hilda. Viktor: nuestros compañeros de la KGB ya han saqueado tu buzón de la correspondencia en tu domicilio de Roma y han recogido el sobre con las listas, así que todo ha terminado, nosotros nos encargaremos de todo... Vuelve a tu embajada, sigue disfrutando de tu labor cultural. Y por favor, no hagas ninguna locura.

Viktor Karlov estaba pálido de rabia, realmente ofuscado por la furia. Pero captó perfectamente el gesto de Paulova y volvió la cabeza. Por el cristal zaguero vio el automóvil que se había detenido a unos veinte metros del que ocupaban ellos. Junto al coche había tres hombres altos y atléticos, dos juntos, como conversando casualmente sobre el mar y el cielo; el tercero, fumando, estaba encarado hacia el mar, que contemplaba absorto. Para Viktor la profesión de aquellos hombres estaba tan clara como si portasen pancartas anunciándola: eran agentes de la KGB que en todo momento habían estado respaldando a la audaz e inteligente Paulova.

Lentamente, Viktor se volvió para mirar de nuevo a la «chica americana», dejó caer la pistola sobre el cadáver de Mikelov y susurró:

—Puerca.

Salió del coche y emprendió a pie el regreso hacia el aeropuerto de Ellinikon. Cuando pasaba junto al automóvil, los tres agentes de la KGB lo miraron, fija e inexpresivamente.

—Puercos —dijo Viktor.

Uno de los rusos sonrió levísimamente y ésa fue la única respuesta que mereció Viktor Karlov.

Tres horas más tarde conseguía pasaje para Roma.

—En resumen, señor —informó Aldo Riddling a su jefe de la CIA—. Viktor



Karlov regresó solo a su apartamento de Roma y todo parece indicar que el asunto, sea cual sea, ha terminado. Desde luego ha sido una cosa interna y no cabe la menor duda de que la muchacha del museo era rusa, un contacto especial que le enviaron los de la KGB.

—¿Y no hemos conseguido enterarnos de lo ocurrido?

—Sabemos que se han cargado al general Jurev Mikelov, eso es todo.

El jefe de grupo europeo de la CIA frunció el ceño y quedó pensativo. Por fin, murmuró:

—Bueno, no siempre se gana. Y si he de decir la verdad, en el fondo tengo la impresión de que hemos hecho muy bien de no meternos de lleno en eso. Si se han cargado a un general los de la KGB, la cosa tiene que ser más que fea, así que... con su pan se lo coman. Bueno, ¿y qué hace Viktor Karlov de nuevo en Roma?

—Lo de siempre. Pero no parece el mismo: está de una mala leche impresionante.

—Pues que se fastidie —sonrió el de la CIA—. ¡Que se joda ese jodido ruso!

## ÉSTE ES EL FINAL

CADA día hacía más calor en Roma, y eso no contribuía precisamente a mejorar el humor de Viktor Karlov, que aquella tarde al regresar a su bonito apartamento, se sentía de peor humor que nunca. ¡Al diablo el bonito apartamento, Roma y el Coliseo romano! ¡Al diablo todo! Al final lo iba a hacer, se iba a largar de allí, se iba a ir a algún sitio bien lejos...

Pero, realmente, ¿para qué? Fuese a donde fuese le acompañaría la imagen de Paulova (¿cómo malditos demonios se debía llamar en realidad la maldita chica americana?), y estuviese donde estuviese recordaría sus ojos y reviviría de aquel modo que en ningún momento había podido olvidar los suspiros de ella cuando hicieron el amor en el maldito hotel, como los malditos puercos espías... Y recordaría su espléndida desnudez, la ternura de su maldita boca, el fulgor de sus ojos...

Se dio cuenta de que estaba detenido en el centro de la salita, adonde había llegado como en sueños. Reaccionando, aulló:

—¡Maldita sea!

Oyó un ruido en alguna parte del apartamento y el taconeo. Atónito, se volvió hacia la puerta de la sala y vio aparecer a Paulova. Ella llevaba puestos los zapatos y un minúsculo delantalito, eso era todo. Estaba para morir.

—¿Todavía estás enfadado? —preguntó con toda naturalidad la chica americana.

—¿De dónde demonios sales? —aulló de nuevo Viktor—. ¿Qué maldita mierda estás haciendo aquí?

—Salgo de Rusia, después de pedir permiso para pasar unas semanas contigo y estoy preparando una cena fría para dos. He comprado champán.

—Pero... pero... ¿qué demonios te propones? —La indignación casi impedía hablar a Viktor Karlov.

—Hacer el amor contigo hasta convencerte de que ni te mentí en eso aquella vez ni te mentiré nunca. Quiero hacer el amor contigo hasta convencerte de eso aunque tenga que morir de gusto en tus brazos. Quiero hacer el amor contigo hasta que me dejes embarazada y entonces poder decirle a la KGB que presento la dimisión y que vengo a Roma a vivir en paz con el agregado cultural de la embajada.

—¡O sea, que hasta para dimitir de la KGB me estás utilizando!

—Bueno, no me parece que te esté proponiendo nada desagradable, francamente —sonrió Paulova.

—De acuerdo. Pero, amiguita, chicas como tú puedo encontrar en Roma las que me dé la gana.

—Seguramente. Pero ninguna estará tan loca por ti como yo.

Viktor aspiró hondo y cerró los ojos. Cuando los abrió ella estaba ante él y se abrazó a su cuello. Así pues, no era un sueño. Paulova estaba allí, dispuesta a volverse loca de amor y hacerlo volver loco a él. Las ansias que lo habían estado angustiando aquellos días iban a terminar. La abrazaría, la besaría en la boca hasta

asfixiarla, la llevaría a la cama y...

—Sé lo que estás pensando —susurró ella, sonriente.

—¿Y qué te parece? —susurró también él.

Paulova cerró los ojos y entreabrió la jugosa boca. Viktor Karlov la abrazó, deslizó sus manos por la desnuda espalda, por las caderas, por los senos aplastados contra su pecho...

El terremoto de placer comenzó apenas sus bocas se juntaron y la chica americana emitió el primer suspiro de dicha.

**FIN**



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales, etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...